

MUNIBE (Antropología-Arkeologia)	nº 62	251-282	SAN SEBASTIÁN	2011	ISSN 1132-2217
----------------------------------	-------	---------	---------------	------	----------------

Recibido: 2011-07-29
Aceptado: 2011-12-07

¿Monumentos evocativos? Los túmulos de Los Tiesos (Mediana de Voltoya, Ávila) en su contexto prehistórico

Evocative monuments? Los Tiesos barrows (Mediana de Voltoya, Ávila) in their prehistoric context

PALABRAS CLAVES: Monumentos tumulares, Campaniforme, lajas con cazoletas, excavación arqueológica, prospección intensiva, Submeseta Norte.
KEY WORDS: Barrows, Bell Beaker, slabs with cup-marks, archaeological excavation, intensive field survey, Spanish Northern Meseta.
GAKO-HITZAK: Tumulu-monumentuak, ezkila-formakoa, kaxola-lauzak, indusketa arkeologikoa, prospekzio intentsiboa, Ipar Azpimeseta.

Antonio BLANCO GONZÁLEZ⁽¹⁾ y José Francisco FABIÁN GARCÍA⁽²⁾

RESUMEN

Este artículo sintetiza los principales resultados de un programa de investigaciones arqueológicas desarrolladas desde 2001 en torno a varios túmulos no megalíticos en la comarca del Campo Azálvaro (Ávila). La excavación del monumento de Los Tiesos I deparó un exíguo elenco material en estado muy fragmentario, incluyendo partes de cinco recipientes campaniformes de ejecución poco esmerada dentro de una fosa excavada en la roca. En torno a ella se reconocieron los retazos de una posible cámara de lajas de esquisto, algunas con cazoletas grabadas, en su mayoría removidas de su posición original. La prospección intensiva de su entorno ha permitido detectar pequeñas concentraciones de material arqueológico y nuevos túmulos. Así, la inicial impresión del carácter precario y marginal de los testimonios del IV y III milenios AC en la zona se ha tornado en una mejor caracterización del registro arqueológico local, que responde a principios culturales peculiares y a unas estrategias de visibilidad distintas a las de otras zonas de la Meseta mejor conocidas. En relación con esos contextos coetáneos, se propone una lectura histórica comparativa de las evidencias del Campo Azálvaro, cuya materialidad distintiva puede entenderse mejor en términos de complementariedad y referencia mutua, como resultado de prácticas evocativas que, mediante la emulación, vincularon entre sí lugares, seres y objetos ausentes.

ABSTRACT

This paper summarises the main results of a programme of archaeological fieldwork carried out since 2001 on several non-megalithic cairns at Campo Azálvaro (Ávila). The excavation of the monument Los Tiesos I yielded a small and highly fragmented material assemblage, including sherds of five poorly-manufactured Bell Beakers found in a pit excavated in the schist rock. In the surroundings of this pit, the remains of a possible chamber made with schist slabs were identified. Some of the slabs, most of which have been moved from their original position, exhibit cup-marks. The intensive field survey of the surrounding area has succeeded in identifying small concentrations of archaeological items and further tumuli. The initial precarious and marginal impression provided by evidence of the fourth and third millennia BC in the area has therefore evolved into an improved characterization of the local archaeological record. It corresponds to particular cultural principles and different visibility strategies from other, better-known areas of the Meseta. In connection with these coetaneous sites, this paper proposes a comparative historical account of the evidence at Campo Azálvaro. Its distinctive material record can best be understood in terms of complementariness and mutual reference, as a result of evocative practices that, through imitation, linked together absent places, beings and objects.

LABURPENEA

Artikulu honek 2001. urteaz geroztik Campo Azalvaroko (Avila) eskualdeko hainbat tumulu ez-megalitikoren inguruan garatutako ikerketa arkeologikoen programa baten emaitza nagusiak laburbiltzen ditu. Los Tiesos I monumentuaren indusketaren ondorioz material gutxi aurkitu zen, eta oso zatituta, arrokan induskatutako hobi baten barruan ardura gutxirekin exekututako ezkila-formako bost ontziren zatiak barne. Horren inguruan eskistolauren ganbera posible baten arrastoak aurkitu ziren, lauza horietako batzuk kaxolak grabatuta dituztela, gehienak beren jatorrizko posiziotik mugituta. Bere ingurunearen prospekzio intentsiboaren ondorioz material arkeologikoen kontzentrazio txikiak eta beste tumulu batzuk aurkitu dira. Horrela, zona horretan Kristo Aurreko IV. eta III. milurtekoen testigantzen izaera eskasa eta marjinalaren hasierako ustearen ondoren tokiko erregistro arkeologikoen karakterizazio hobea lortu da, kultura-printzipio berezietan eta hobeto ezagutzen diren Mesetako beste zona batzuek bestelako ikusgarritasun-estrategiei erantzuten diena. Testuinguru garaikide horietan lotuta, Campo Azálvaroko ebidentzien irakurketa historiko konparatiboa proposatzen da, horren materialitate bereizgarria hobeto uler daitekeelarik osagarritasun eta elkarrekiko erreferentzia gisa, emulazioaren bitartez ez zeuden objektuak, izakiak eta lekuak elkarlotzen zituzten oroi-paktikoen emaitza izanik.

1.- INTRODUCCIÓN

En este artículo se ofrecen los resultados de las investigaciones arqueológicas efectuadas en torno a ciertas manifestaciones tumulares en el oriente de

la provincia de Ávila, una de las zonas abulenses donde los testimonios de época prehistórica presentan interesantes dificultades de interpretación. Con anterioridad hemos avanzado algunas noticias

⁽¹⁾ Plaza San Jerónimo 5, 3º A, 05001-Ávila. Correo-e: ablancoglez@gmail.com

⁽²⁾ Servicio Territorial de Cultura, Plaza Fuente el Sol 1, 05001-Avila.

preliminares sobre la principal estación donde se centraron nuestros esfuerzos, el monumento de Los Tiosos I (Blanco González 2004: 53, Fig. 3; Blanco González y Fabián 2010: 202). Aquí se completan esos datos con los aportados por la excavación de otro pequeño túmulo (Los Tiosos II) y el desarrollo de una prospección intensiva en el entorno. A partir de los resultados parciales hasta ahora alcanzados, y considerando la problemática que plantean en conjunto, en este artículo esbozamos un marco interpretativo que pretende dar cuenta de la idiosincrasia del registro arqueológico documentado. El principal objetivo es sustentar nuevas hipótesis de trabajo que dirijan futuras investigaciones.

El área de trabajo queda comprendida en la unidad paisajística del Campo Azálvaro, en el sector centro-oriental de la provincia de Ávila, a unos 15 km al este de la capital abulense y se incluye en la Hoja 506-IV (32-40) denominada “Mediana de Voltoya” del *Mapa Topográfico Nacional de España*, a escala 1:25.000. El trabajo de prospección complementaria se ha centrado en los términos municipales de Mediana de Voltoya y Urraca-Miguel (Fig. 1).

La fosa tectónica del Voltoya constituye uno de los bloques medios y bajos del Sistema Central, alineada con la fosa del Adaja-Corneja y enmarcada entre el macizo de Ojos Albos y la Sierra



Fig. 1. Ubicación del área de estudio en el interior de la Península Ibérica.

de Malagón, quedando abierta hacia Segovia y separada del Valle Amblés por el pequeño resalte montañoso de Tornadizos-Bernuy-Saliner. Se trata de un relieve deprimido y accidentado, drenado por el río Voltoya, afluente del Eresma, cuyo cauce en este tramo se dibuja encajado aprovechando una línea de falla. Esta comarca abulense contiene suelos ácidos, pedregosos y de escasa potencia sobre un sustrato de litología metamórfica, formado por esquistos, pizarras, granodioritas, cuarcitas y filones de pórfidos graníticos¹. El Campo Azálvaro es un paisaje de gran personalidad, donde predominan las formaciones de encinar adhesionado, el monte bajo y las praderías de montaña, cervunales y tremedales, cuyas condiciones ecológicas se consideran en principio adversas para una presencia antrópica continuada (Troitiño 1995: 82). Por ello los aprovechamientos forestales y ganaderos en régimen extensivo, así como las actividades cinegéticas enmarcan su uso tradicional al menos desde el siglo XII, tal como refleja la documentación medieval. Según Barrios (1995a: 290) ya entonces la zona fue intensamente atravesada por el ganado trashumante, y sus ricos herbazales constituyeron una permanente fuente de disputas entre los caballeros villanos concejiles de Ávila frente a las reclamaciones de sus homólogos segovianos².

Antes de comenzar nuestro trabajo de campo, los escasos testimonios de época prehistórica en la zona comparecían de forma aislada y componían una imagen de vivo contraste con la densidad y prolijidad de evidencias en el vecino Valle Amblés (p.e. Fabián 2006; Blanco González 2008). Megalitos como el sepulcro de corredor del Prado de las Cruces (Bernuy-Saliner) (Fabián 1997) y estaciones de arte rupestre como las pinturas esquemáticas de los abrigos de Peña Mingubela en el macizo de Ojos Albos (González-Tablas 1979/80) hacían intuir que nos encontrábamos ante una realidad más compleja, apenas conocida por la carencia de trabajos de campo de cierta intensidad. Sin embargo, la propia naturaleza “monumental” y simbólica o “no doméstica” de esos pocos lugares conocidos,

junto a las condiciones paisajísticas del Campo Azálvaro, de indudable vocación pastoril, reforzaban la imagen de un territorio pobre y marginal para el asentamiento durante la Prehistoria Reciente.

Al hallazgo a finales de los años 1990 del túmulo de Los Tiesos (Mediana de Voltoya) se han ido añadiendo nuevos testimonios que en conjunto parecen configurar un fenómeno inadvertido y peculiar, al margen de los principales focos de monumentos prehistóricos conocidos en la mitad norte peninsular. Esta constatación nos hizo plantearnos desde el principio una serie de cuestiones que un programa de investigaciones arqueológicas podría tratar de responder a medio plazo. Entre ellas se encontraba el significado histórico de los túmulos en un paisaje como el del Campo Azálvaro, de suelos con severas limitaciones agrarias por su litología metamórfica, y restringido históricamente a un uso preferencial ganadero. La frecuencia de los túmulos en semejante medio quedaba contrapuesta con aquellos paisajes meseteños de campiña y fondo de valle, predilectos para las comunidades agro-pastoriles prehistóricas, donde se vienen centrando prioritariamente las intervenciones arqueológicas. En estos últimos entornos sedimentarios ha quedado demostrado el carácter plenamente agrario de los paisajes del interior peninsular al menos desde comienzos del IV milenio AC (p.e. Díaz-del-Río 2001; Bueno *et al.* 2005; Fabián 2006). En ellos se acepta un indudable crecimiento demográfico, el carácter prolongado del asentamiento, la inversión de cierto excedente en infraestructuras agrarias, objetos de prestigio y construcciones funerarias, y el eventual encumbramiento socio-político de algunos individuos. Esta relación de logros socio-económicos contrastaba vivamente con el panorama del Campo Azálvaro, donde los testimonios de arraigo poblacional son intangibles, las pruebas de asentamiento son precarias y la actividad ganadera sería *a priori* la única o principal actividad con visos de intensificación posible. A pesar de ello, la presencia de monumentos de una relativamente costosa erección (en términos de acarreo de piedras y reunión de fuerza de trabajo)

¹ IGME (1982): *Mapa Geológico de España. E/ 1:50.000. Hoja 506 (16-20), Cardeñosa*, pág. 9.

² Esta comarca fue incluso objeto directo de la política regia cuando Alfonso VIII intervino en 1181 en los pleitos por los pastos de Campo Azálvaro entre los Concejos de Segovia y Ávila: “*dono et concedo vobis, universo concilio de Avila (...) ut habeatis pascua comunia cum Secobienssi concilio in toto Azalvaro*” (Barrios 1995b: 349).

es considerable. ¿Responderían a las mismas dinámicas sociales atisbadas en las regiones mejor conocidas? A una escala local, el Campo Azálvaro parece reproducir la paradoja compartida por gran parte de las sociedades de la Prehistoria Reciente en Europa occidental, donde a la visibilidad de los monumentos de los muertos se contrapone la tenue información sobre el hábitat y la vida “doméstica” de las comunidades que los construyeron (p.e. Bradley 1993: capítulo 3, 2002: 9-11; Thomas 1999: 34ss; Brück 1999b; Criado *et al.* 2000; Criado *et al.* 2005; Márquez y Jiménez 2010: 473-481 y 502-513). Pero ¿realmente nos encontramos ante “monumentos de los muertos” que legitimaron la apropiación permanente del territorio por grupos agrarios?, ¿o tal vez debamos hablar mejor de territorios “de paso”, sólo frecuentados ocasionalmente, sin ocupación prehistórica efectiva?, ¿qué significado llegaron a adquirir los monumentos en tales escenarios?, ¿pueden considerarse sus contenidos como verdaderos bienes de prestigio, a imagen de otros contextos coetáneos? y en tal supuesto ¿indican tales restos la existencia de una ideología elitista, testimonio siquiera de unos líderes inestables y efímeros? La oportunidad de comenzar a despejar tales dudas vino respaldada por la Obra Social de Caja de Ávila, que patrocinó un programa de investigación codirigido por los firmantes de este artículo, en el que se enmarcan las intervenciones aquí descritas.

2. EXCAVACIÓN DEL TÚMULO DE LOS TIESOS I

La primera fase de trabajo consistió en la excavación del túmulo situado en el pago de “Prado Campo” o “Los Tiesos”. El monumento se ubica dentro del término municipal de Mediana de Voltoya, y destaca en un pequeño replano sobre la ladera que cae hacia el cauce del arroyo del Prado Casares, actualmente de caudal estacional. Sus coordenadas UTM (datum ETRS89) son: 30T 368539, 4505498 y su altitud sobre el nivel medio del mar es de 1.100 m. El punto concreto elegido aprovecha el afloramiento del sustrato rocoso, que es de esquisto clorítico. Desde tal posición se domina visualmente la vega del arroyo del Prado Casares en su confluencia con el río Ciervos. Se trata de un monumento tumular no megalítico de 11 m de diámetro y 0,80 m de altura en su punto central, que tenía el aspecto de no haber sufrido remociones recientes, y por tanto, auguraba buenas condiciones de conservación de su interior (Figs. 2 y 3).

La excavación en extensión de este túmulo en julio de 2001 permitió caracterizar su proceso formativo y contenido. Para ello se trazó una retícula de 13 x 15 m subdividida en cuadros de 1 m² que constituyeron la unidad de trabajo de cada excavador. Todo el sedimento fue cribado en seco para detectar pequeños artefactos, lo cual nos ha permitido recuperar numerosos elementos materiales. Se ha excavado un total de 116 m² en área abierta.

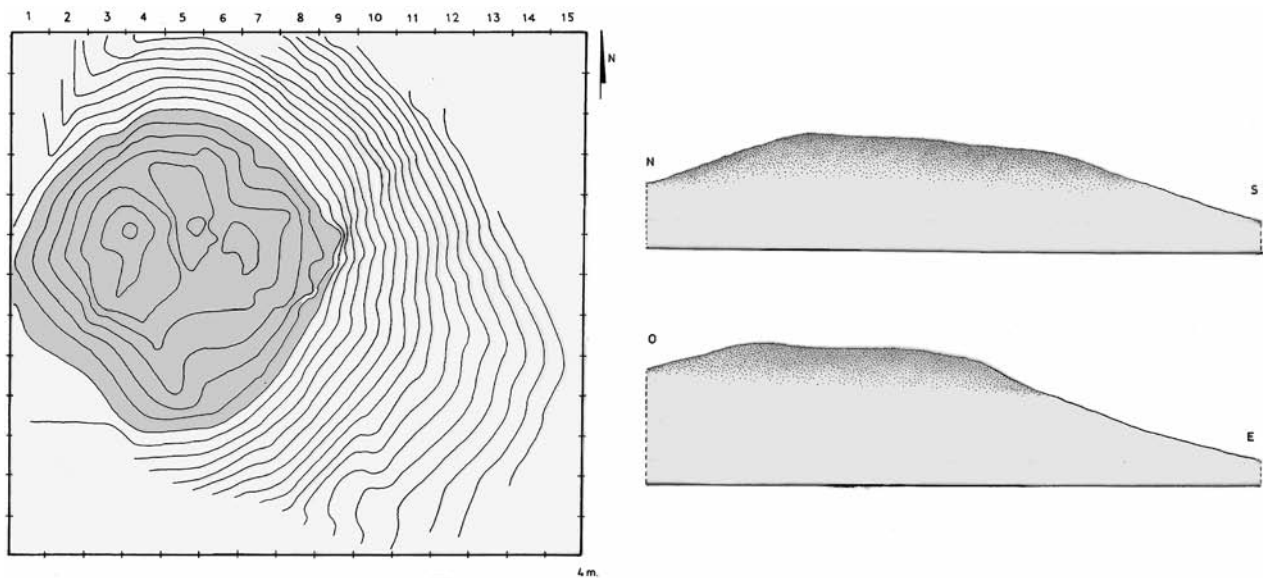


Fig. 2. Planta y secciones del túmulo de los Tiesos I antes de la excavación arqueológica.



Fig. 3. Aspecto final de la excavación arqueológica del túmulo de los Tiesos I desde el este, con el sondeo central de 4 x 5 m.

Con la intención de dejar partes intactas o en reserva para investigaciones futuras sólo se alcanzó el nivel geológico en un sondeo de 20 m² practicado en la zona central del túmulo, que comprendió desde la UE 8 a la UE 15. En el resto de su periferia la excavación se detuvo en la UE 7 o tercera capa de piedras (Fig. 3).

La estructura del túmulo alcanzaba una potencia desigual en diferentes puntos, siendo de mayores proporciones en su zona central. La estratificación se ha revelado muy simple, debido a la severa alteración del monumento. Hemos podido identificar una secuencia sucesiva de capas de piedras, recopiladas del entorno inmediato (cuarcitas procedentes del lecho del arroyo del Prado Casares) y capas de tierra presumiblemente recogida del entorno. Gran parte de los depósitos de sedimento incluían material contemporáneo, en es-

pecial en la parte central del túmulo, que parece haber centrado las remociones. Sin embargo las UUEE 8 (estéril) y 12 (relleno de una fosa en la roca) parecen intactas.

En total se han identificado siete capas de piedras (UUEE 2,4, 7,10, 13, 14 y 15) y se han individualizado seis niveles de sedimento ocupando los espacios intersticiales entre el canturreal (UUEE 3, 5, 6, 8, 9 y 12). Las capas de piedras estaban compuestas por cantos pequeños (< 10 cm) y medianos (10-30 cm) de esquisto, así como algunas lajas de mayor tamaño, en distinta proporción. En la primera capa de piedras (UE 2) se halló un bloque de granito claramente alóctono, probablemente una muela de vaivén muy rodada. El sedimento asociado (UE 3) era suelto y de color amarillento, y proporcionó cerámica a mano, un punzón de bronce y un fragmento de campani-

forme. A partir de la segunda capa de piedras (UE 4) en la zona central del encachado comienzan a detectarse lajas que posiblemente habían sido desplazadas levemente de su situación originaria, pero al menos una de ellas, de forma triangular, había permanecido claramente enhiesta *in situ* mostrando la existencia de una estructura desmantelada (Fig. 3). El sedimento a esta altura (UE 5) es idéntico al superficial, pero contiene una relativa cantidad de material arqueológico (cerámica a mano lisa y a torno, campaniforme, un microlito geométrico, fragmentos de sílex y cuarzo y algunas tachuelas de hierro supuestamente relacionadas con botas de tiempos recientes).

En el sector sureste del túmulo se ha diferenciado un lentejón oscuro ceniciento con frecuentes carbones vegetales (UE 6) y escaso material pero todo él prehistórico, incluyendo un fragmento de molino de granito. Se trata del nivel basal, que apoya directamente sobre la roca madre de esquisto clorítico, llamativamente tiznada de negro. En la tercera capa de piedras (UE 7) se han individualizado las lajas nº 1, en F5 (laja de esquisto con doce cazoletas grabadas) y la laja nº 2, en E5 (laja de esquisto con ocho cazoletas). A partir de este punto se continuó excavando sólo en el centro del túmulo, en un sondeo de 20 m². La matriz arenosa (UE 8) que envuelve estas lajas (Fig. 5)

constituye un estrato de remoción donde se mezclan fragmentos de campaniforme con cerámica torneada, loza y una tachuela de hierro.

En la mitad oriental de la cata central apareció un sedimento mucho más compacto y arqueológicamente estéril, con frecuentes carbones vegetales (UE 9). Entre la cuarta capa de piedras (UE 10) aparecen en el cuadro H4 cuatro lajas de esquisto *in situ*, una de ellas con dos cazoletas hacia el centro del túmulo, mientras que en otro punto del túmulo (G4) aparece la laja nº 3, con una cazoleta, que podría ser sea una losa desplazada. Las cuatro lajas no movidas se hallaron formando cierta alineación, lo que funda la sospecha de que en origen pudieron configurar algún tipo de estructura de planta poligonal que tan sólo conserva su flanco sur (Figs. 5 y 6). Se trata de bloques de esquisto local colocados en posición apaisada, con una altura que oscila entre 0'43 y 0'52 m y no exceden 1 m de largo (no aparecieron en el túmulo piedras de mayor tamaño). No se invirtió un esfuerzo laborioso en su colocación, pues las lajas que compusieron esta posible estructura no fueron encajadas en la roca; simplemente apoyaban sin entrar en contacto directo con el esquisto de base, pues bajo las dos que estaban más claramente en su posición original quedaban 20 cm de tierra hasta el sustrato geológico.

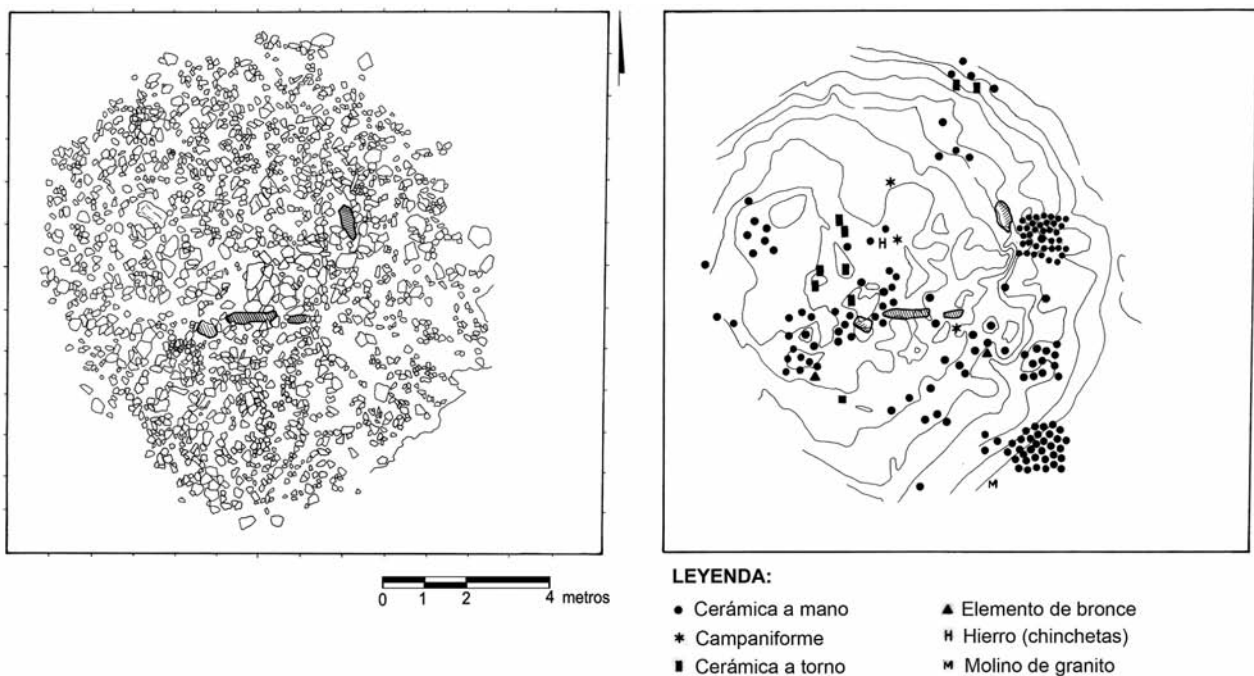


Fig. 4. Segunda capa de piedras (UE 4) del túmulo de los Tiosos I, en cuya zona central se observa la presencia de lajas de esquisto *in situ* (piezas con tramado interno).

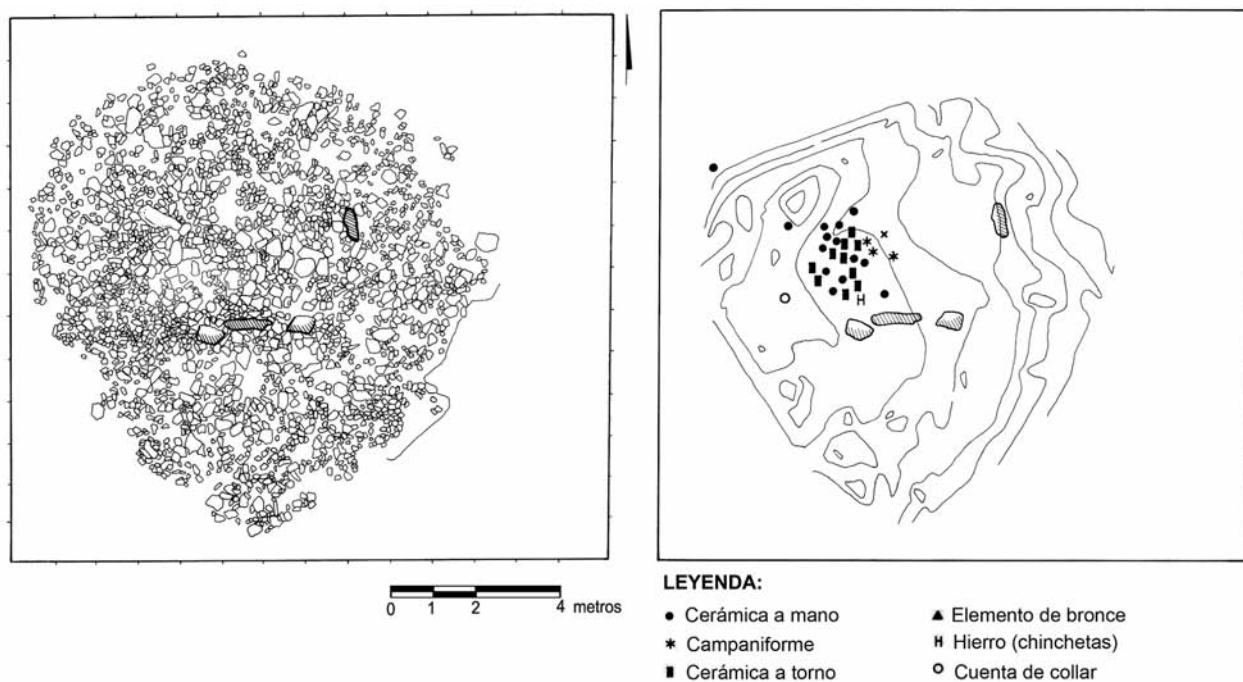


Fig. 5. Túmulo de los Tiesos I. Planta de la tercera capa de piedras (UE 7) y dispersión de material arqueológico en la UE 8.



Fig. 6. Aspecto desde el sur de la zona central del túmulo, mostrando las grandes lajas de esquistu apaisadas de la cuarta capa de piedras (UE 10) que formarían originariamente una posible cista o cámara de planta irregular.

Bajo esta capa se reconoció un recorte de la roca madre (elemento interfacial UE 11) con forma de fosa de 2,40 m de diámetro y 0'45 m de profundidad en su cota más baja. Consiste en dos oquedades, individualizadas como Fosa 1 y Fosa 2. La Fosa 1 (cuadros F5 y G5) de 0'60 m x 1 m de lado, y una concavidad de 50 cm de diámetro contenía un pocito de 0'25 m de boca (F5). La Fosa 2 es de 0'55 x 0'45 cm y 0'22 m de profundidad. Estas oquedades guardan gran similitud con otras, dos de menores proporciones, practicadas dentro de la fosa de Valdeprados, conteniendo también cerámicas campaniformes (Aldea del Rey Niño) (Gómez y Sanz 1994; Fabián 2006: 354). Estaban colmatadas por una tierra negra y compacta sin pruebas de remoción (UE 12) muy rica en carbones vegetales, que sólo deparó material prehistórico (trece fragmentos de campaniforme y una cuenta de collar de pizarra) cuya composición y textura parecían indicar un alto contenido en materia orgánica.

Se extrajeron diversas muestras de sedimento de la UE 12 tanto para análisis de fosfatos³ como para su estudio palinológico (cuyos resultados presenta J.A. López Sáez en este mismo volumen). En lo que respecta a la determinación de sus indicadores químicos, y atendiendo a trabajos previos en esta línea (p.e. Díaz Vásquez 1993; Sánchez y Cañabate 1998) se recogieron dos muestras de la Fosa 2, una muestra de la Fosa 1 y otra muestra del rebaje en que se incluían ambos receptáculos. Para tener elementos de contraste se obtuvieron otras diez muestras adicionales de tierra de la UE 6, obtenidas en columna en tres puntos de la periferia del túmulo. La hipótesis que barajamos es que el pozo central pudo haber alojado ofrendas de materia orgánica o restos esqueléticos desaparecidos por la acidez del suelo⁴, y que los indicios de fuego en la UE 6 podrían responder a un fuego ritual previo a la arquitectura tumular. El estudio edafoquímico consistió en pruebas de pH en suspensión, conductividad eléctrica, materia orgánica total y concentración de fósforo. Los datos obtenidos del pH y la conductividad eléctrica son en todas las muestras dentro de la fosa (UE 12) prácticamente iguales, con valores de pH significativamente mayores que los

de las muestras de control de la periferia tumular, por lo que se puede afirmar una aportación excepcional, debido a una indudable intervención antrópica (Manuel Valdés 2001). Sin embargo, frente a otras experiencias previas (Manuel Valdés 1995) no fue posible confirmar ni desmentir la inhumación de algún cadáver. Respecto a la UE 6, se detecta una menor concentración de fósforo y un pH similar a la UE 12, por lo que cabe pensar en un proceso de formación también antrópico. Los valores de materia orgánica en la UE 6 muestran un enriquecimiento en profundidad que debe achacarse a un aporte de material orgánico previo a la construcción del túmulo, lo que ha permitido su conservación frente a la meteorización y lixiviación del suelo; sin embargo no se puede afirmar más sobre su naturaleza, y no cabe confirmar ni descartar la realización de un fuego local y el aporte de cenizas y material carbonizado (Manuel Valdés 2001).

3. MATERIALES ARQUEOLÓGICOS DE LOS TIOSOS I

La excavación de 2001 deparó un llamativamente escaso repertorio de cultura material, que pasamos a describir a continuación de manera desglosada, y cuyo cómputo total por cada una de las capas de sedimento fértil se resume en la tabla anexa (Fig. 7).

UE	Sup. (m ²)	C. mano	Camp.	C. torno	Otros
3	168	34	1	0	1 lámina sílex, 2 cuazo, 3 cuarcita, 1 punta flecha, 1 hacha, 1 bronce
5	168	155	3	17	1 microlito, 2 lascas sílex, 2 lascas cuarcita, 1 hacha, 2 hierros
6	7	2	0	0	1 fragto, molino granito
8	12	12	3	9	1 lasca cuarcita, 1 cuenta, 5 fragtos, loza, 1 tachuela hierro
12	8	13	13	0	1 cuenta

Fig. 7. Tabla que recoge los hallazgos por cada unidad estratigráfica (UE) arqueológicamente fértil (cerámica a mano, campaniforme y cerámica a torno). Se indica la superficie total excavada en cada UE (expresada en m²), que se representa con un color similar al que ofrecía su sedimento.

3.1. Cerámica a mano lisa

El estado del material cerámico es en general muy fragmentario, con un alto grado de desgaste y en mal estado de conservación, que indica diversas incidencias tras la rotura y antes de su descarte definitivo. Todos los fragmentos son muy pequeños, de factura tosca y en muchos casos con aspecto rodado. No apareció ningún recipiente completo, y si bien en numerosas ocasiones

³ Estudio edafológico efectuado por D. Víctor Manuel Valdés (ETSI Agrónomos, Universidad Complutense de Madrid), a quien agradecemos todas sus indicaciones.

⁴ Es de remarcar que a lo largo de la excavación no recuperamos ningún fragmento óseo, a pesar de que el pH del sedimento no es tan ácido, con valores entre 6'52-5'75 (Manuel Valdés 2002).

nes fragmentos con fractura antigua casan entre sí, no hemos procedido a un programa sistemático de comprobación de este aspecto. En ningún caso presentan los acabados alisados y bruñidos habituales en la cerámica calcolítica del Valle Amblés (Fabián 2006: 392) y la pasta es más porosa y de peor calidad. La gran mayoría de ellos son galbos. De los pocos bordes aparecidos cinco permiten reconstruir la forma del recipiente:

- Un fragmento correspondiente a un pequeño vaso con carena media-alta y borde ligeramente abierto (Fig. 8, nº 9). Este tipo es conocido en los yacimientos del vecino Valle Amblés en la fase final del Calcolítico, asociándose en muchos casos con cerámica campaniforme. Es el caso de los fragmentos aparecidos en el enterramiento campaniforme de Valdeprados (Aldea del Rey Niño) (Gómez y Sanz 1994) o en el poblado de Los Itueros (Santa María del Arroyo) (Fabián 2006: 217, fig. 90, nº 5 a 7), donde no ha aparecido cerámica con decoración campaniforme pero el contexto cultural parece asociable al tiempo en que estas cerámicas circulaban por el Valle Amblés. Este recipiente podría por tanto vincularse con la cerámica campaniforme aparecida en el túmulo.

- Dos cuencos semiesféricos, uno de pequeño tamaño (18 cm de diámetro) y, otro, con un diámetro en torno a 36 cm. Del primero de ellos se hallaron 32 fragmentos todos ellos de pequeño tamaño y que casan entre sí.

- Recipiente de paredes entrantes rectas.

- Recipiente troncocónico.

Con todos ellos hay que citar un fragmento de galbo correspondiente a un vaso carenado distinto por el grosor de sus paredes del citado en primer lugar. Podía ser un vaso de carena media con superficie bruñida y pasta fina. Es extensible a este fragmento lo dicho acerca del vasito carenado descrito anteriormente.

Hay que destacar la presencia de ocho pequeños fragmentos de galbo de color rojizo que parecen corresponder a un mismo recipiente (no casan físicamente, pero comparten un mismo aspecto general), aparecidos en la mitad sur del túmulo, en un área de unos 6 m² dentro de la UE 5.

Para comprobar la posibilidad de que se tratara de un recipiente con una aguada superficial de almagra, como las conocidas en otros yacimientos calcolíticos del suroeste de la Meseta Norte, como La Teta, el Chorrillo o La Mariselta (Fabián 1995) se procedió a una caracterización mineralógica de tres muestras cerámicas⁵. El estudio concluyó que su vistosa tonalidad no puede considerarse una verdadera almagra, pues la coloración rojiza obedece probablemente a las propiedades físicas de la arcilla (con trazas de óxidos de hierro o goethita) y a una intensa cocción oxidante.

En general la zona de mayor proliferación de fragmentos cerámicos es la centro-oeste, en las proximidades de la cámara. También hay algunos fragmentos en la zona sur y más escasamente hacia el este y la norte del túmulo (Fig. 4).

3.2. Cerámica campaniforme

Las únicas cerámicas prehistóricas con decoración recuperadas han sido las de tipo campaniforme. En total se trata de veinte fragmentos correspondientes a cinco recipientes distintos: cuatro vasos con decoración de tipo Ciempozuelos y otro vaso con decoración puntillada impresa, sin poder precisar si corresponde al estilo Puntillado Geométrico o Marítimo o Internacional, por tratarse de un pequeño fragmento de la base (Fig. 8). Uno de los recipientes, al que pertenecen seis fragmentos, es un vaso campaniforme Ciempozuelos de pequeño tamaño, decorado exteriormente con varias franjas horizontales incisas, delimitadas por líneas paralelas. Una de ellas es más ancha que las demás, las otras son similares entre si y escoltan a la que parece la principal. Cada una de estas franjas presenta decoración diferente, unas veces mediante incisiones opuestas pero no enfrentadas y otras a través de impresiones circulares, buscándose en unas y en otras un efecto de pseudoexcisión (Fig. 8, nº 1-4). La pasta es fina, de fuego reductor y el aspecto general esmerado. Todos fueron hallados en la zona central del túmulo, distanciados entre sí unos 3 m. Dos de los fragmentos aparecieron bajo la primera capa de piedras del túmulo (en la UE 3), mientras que los restantes estaban a mayor profundidad (UE 8 y 12).

⁵ El estudio difractométrico fue realizado por D. Alejandro del Valle González, Profesor Titular del Dpto. de Cristalografía de la Universidad de Valladolid a quien agradecemos su colaboración.

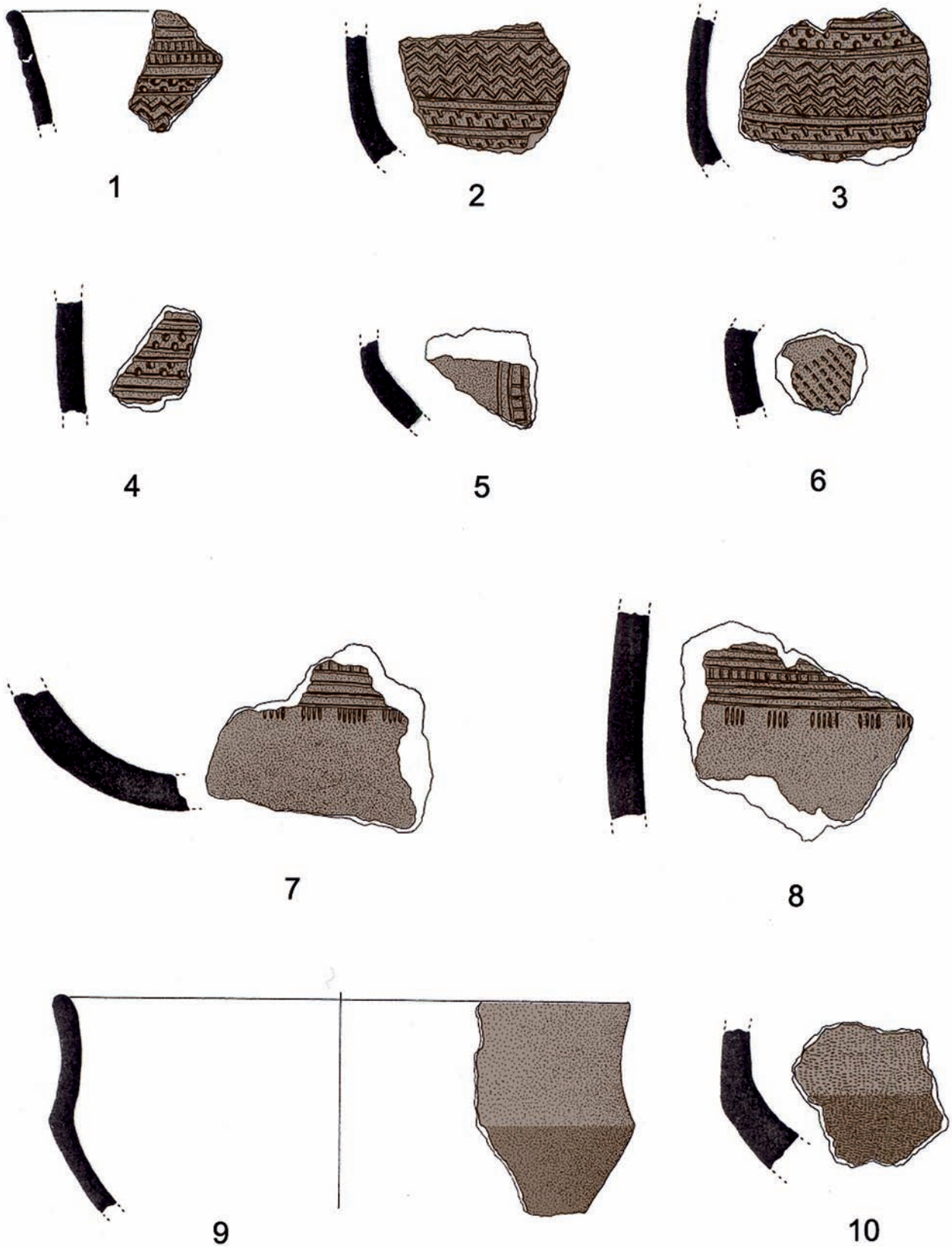


Fig. 8. Fragmentos de recipientes campaniformes de estilo Ciempozuelos (números 1-5, 7 y 8), fragmento campaniforme puntillado impreso (nº 6) y tacitas carenadas (nº 9 y 10).

Otros dos fragmentos de galbo con decoración Ciempozuelos pertenecen a la panza de un recipiente de paredes más gruesas que el anterior (Fig. 8, nº 7 y 8). Tiene una capa de arcilla mal cocida externamente, sobre la que se ha ejecutado la decoración, y que es tan frágil que se desprende fácilmente si se humedece. La decoración, aparentemente incisa (aunque no se puede descartar la ejecución de impresiones), desarrolla líneas paralelas horizontales a veces unidas por trazos cortos verticales que dibujan un motivo de escalera. La última línea remata en pequeñas metopas que forman flecos espaciados. Los dos fragmentos estaban muy próximos uno del otro, en la zona central, pero a distintas profundidades (UJEE 5 y 12). En la UE 12 también se recuperó un pequeño fragmento con decoración a base de líneas incisas paralelas, algunas unidas por trazos perpendiculares formando motivo de escalera, similar a otro de los descritos anteriormente (Fig. 8, nº 5). La diferencia de grosor entre un caso y otro parecen indicar que se trata de recipientes diferentes. Apareció en la zona de la cámara. Por último, un único fragmento, de la UE 5, porta decoración puntillada impresa (Fig. 8, nº 6); se trata de un pequeño galbo de pasta bien tamizada y color gris negruzco, con punciones impresas en líneas paralelas. El fragmento de mayor tamaño corresponde al borde de un cuenco semiesférico de estilo Ciempozuelos (Fig. 9) con un diámetro aproximado de 18 cm, aparecido entre el sedimento de aspecto orgánico de la fosa central (UE 12). Fue fabricado con arcilla muy fina y cocido a fuego reductor y se le aplicó, como en el caso anterior, un baño de enlucido externo sobre el que se realizó la decoración. Ésta se ejecutó de manera muy tosca, con un aspecto general descuidado, y consiste en franjas incisas paralelas que desarrollan un reticulado irregular, de las que parten radios también reticulados que convergen en el centro de la pieza, seguramente en un umbo.

3.3. Cerámica a torno

En total se han recuperado 12 fragmentos, de los cuales al menos 5 corresponden a un mismo recipiente repartidos entre las UE 5 y 8. De los 7 restantes 6 aparecieron en la UE 5 y uno en la UE 8. Todos los fragmentos, excepto dos, se recuperaron en el extremo oeste de la cámara, donde se concentraban la mayor parte de los fragmentos de cerámicas a mano y también los casos de cerámica campani-

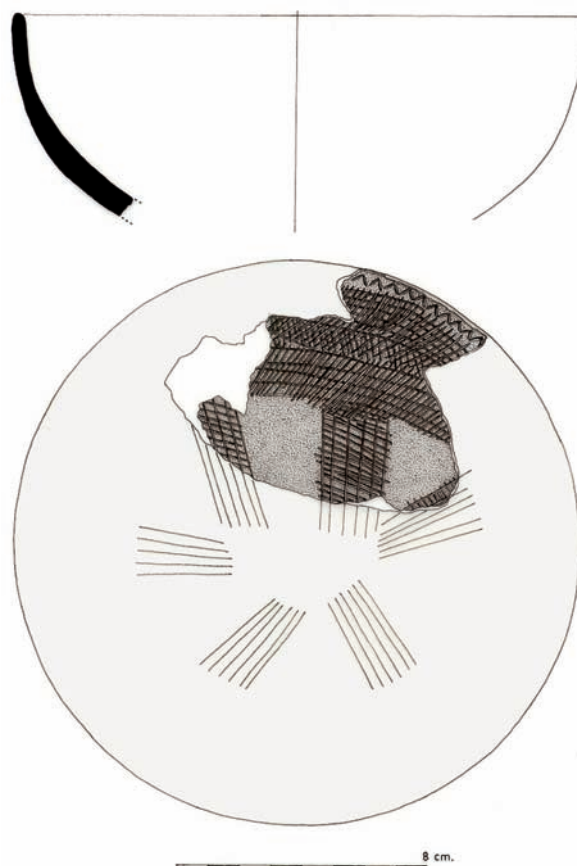


Fig. 9. Fragmento de cuenco campaniforme de estilo Ciempozuelos hallado en el interior de la fosa central del túmulo (UE 12).

forme (Figs. 4 y 5). Los dos casos más alejados de esa zona se encontraron en la zona norte del túmulo, ambos en la UE 3, lo que implicaría que fueron depositados en el túmulo y filtrados entre las piedras o estaban allí anteriormente al saqueo y quedaron sepultadas por algunas de las tierras y piedras extraídas del interior de la cámara al ser removida ésta.

Se trata de cerámica común y, en un caso, vidriada. Al menos cinco fragmentos pertenecen a un mismo recipiente, seguramente dotado de cuello, que remataba en un labio estrangulado. El hallazgo de fragmentos en la UE 5 y en la UE 8 podría indicar que tras el saqueo de la cámara el hoyo practicado en ella no fue colmatado y allí se precipitaban en distintos momentos fragmentos de recipientes contemporáneos que se arrojaban como desecho al túmulo, hipótesis que parecen corroborar otros datos también. El fragmento de cerámica vidriada corresponde a un plato de pequeñas dimensiones (20 cm de diámetro) al que se le ha aplicado vedrío blanco interior en toda la superficie y en el exterior sólo en la zona del borde.

3.4. Hallazgos líticos

Las piezas líticas son muy poco numerosas. Las clasificaremos en restos de talla y las que pueden considerarse como útiles. Los productos de talla se limitan a una serie de pequeñas lascas de sílex y cuarzo o cristal de roca dispersos por el túmulo. En total se trata de 2 lascas de sílex, 3 de cuarzo y 3 de cuarcita; todas ellas lascas simples de pequeño tamaño. Por su parte, los escasos adornos o útiles hallados son bastante significativos:

Dos cuentas de collar de esquistos de tipo anular, una de ellas diminuta (4'5 mm de diámetro) y con un grosor menor de 1 mm (Fig. 10, nº 6). La otra tiene un diámetro de 10 mm y puede considerarse habitual en los ambientes megalíticos (Fig. 10, nº 5). En ambas el pulimento se reduce al lomo. Aparecieron en la UE 8 y en la UE 12 respectivamente, en la zona terminal de la cámara por el oeste, donde se da la concentración de campaniformes y de cerámicas lisas a mano (Fig. 10).

Dos hachas pulimentadas de pequeño tamaño. La más pequeña (62 x 35 x 14 mm) elaborada en esquistos puede considerarse "votiva" (Fig. 10, nº 2), mientras que la otra (85 x 50 x 35 mm) podría resultar laboralmente operativa (Fig. 10, nº 1), sobre todo teniendo en cuenta que el material en el que fue fabricada –corneana– es el más utilizado para este tipo de herramientas en los yacimientos calcolíticos y neolíticos de la zona (Fabián 2006).

Un microlito geométrico sobre fragmento de lámina de sección triangular de sílex gris opaco, documentado en la UE 5 (Fig. 10, nº 4). Se trata de un triángulo de pequeño formato, conseguido por retoques abruptos típicos. Por su tipología no parece formalmente asociable a los típicos microlitos geométricos hallados en el dolmen del Prado de las Cruces (Fabián 1997) o en el monumento megalítico de Río Fortes (Estremera y Fabián 2002), atribuibles en ambos casos al Neolítico Final.

Hay que señalar la presencia de un fragmento distal de lámina de sílex de sección trapezoidal, sin retoques ni evidencias visibles de uso, procedente de la UE 8 (Fig. 10, nº 7) y un posible fragmento proximal de punta de flecha en sílex con retoque plano bifacial, de la UE 3 (Fig. 10, nº 3).

Deben citarse también dos fragmentos de molinos de granito bastante deteriorados y algunos fragmentos de percutor de cuarzo, cuya presencia en los monumentos tumulares es sistemática, y que para algunos investigadores son claro reflejo

de los contextos domésticos inmediatos de donde procederían (Bueno *et al.* 2005: 26-27). Por último, es significativo el hallazgo de un prisma piramidal de cristal de roca (UE 5) en estado natural (sin transformaciones). Este tipo de piezas es frecuente en los megalitos (p.e. Delibes y Santonja 1986: 171) y no tenemos dudas sobre su introducción de forma deliberada en el túmulo. Tales materias con propiedades inusuales se depositaron asiduamente en los monumentos, con un indudable valor simbólico, que se ha relacionado con la memoria cultural (García Sanjuán y Wheatley 2010: 16-19).

3.5. Piezas metálicas

Tres casos conforman esta apartado, uno antiguo y dos modernos. El antiguo procede de la UE 3; es una lezna de bronce biapuntada, de sección rectangular por martillado, hecho que aparece confirmado al haber quedado, al menos en una de las caras, una característica concavidad. Apareció doblado en la UE 3, tiene una longitud de 111 mm y sección rectangular (Fig. 10, nº 8). Su tipología es muy común entre las primeras so-

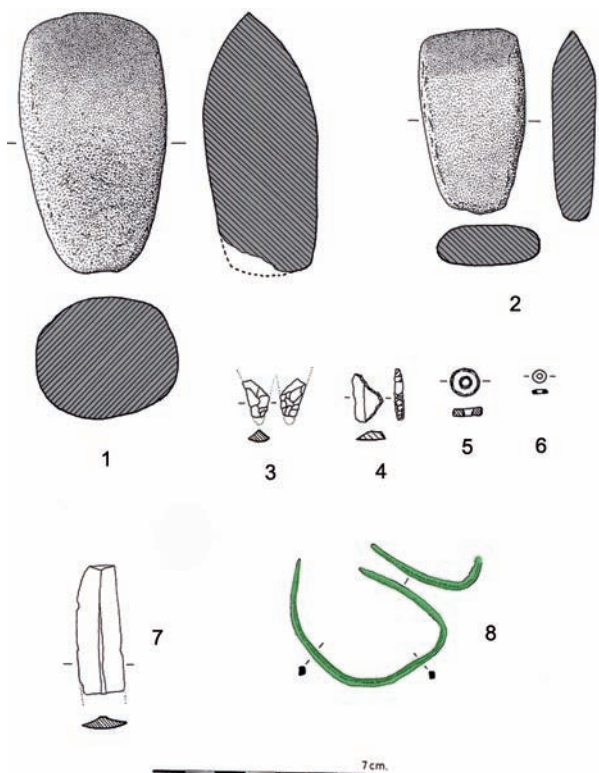


Fig. 10. Hachitas pulimentadas, base de punta de flecha, microlito geométrico, cuentas de collar de esquistos, lámina de sílex y punzón de bronce.

Sigla Museo Av	Ref. Lab.	Tipo	Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb
2001/56/11	PA10037	Punzón	0.26	nd	94.3	nd	0.21	0.091	5.12	tr	0.07

Fig. 11. Composición del punzón biapuntado de la UE 3.

ciedades metalúrgicas de la región y no aporta información crono-cultural (Herrán Martínez 2008: 233-234 y 274). El análisis arqueometalúrgico realizado por el Dr. Salvador Rovira ha confirmado que se trata de un bronce binario con un discreto valor de estaño (Fig. 11). Esta composición resulta coherente con momentos del Bronce Medio entre algunos ejemplares de la cuenca del Duero (Herrán Martínez 2008: 279), si bien en el territorio más cercano a Los Tiesos, el punzón de El Cogote (La Torre, Ávila) aparecido en un contexto del Bronce Medio o Protocogotas es un objeto de cobre (Caballero *et al.* 1993). También hay ejemplares formalmente idénticos ya en contextos del Bronce Antiguo, incluso con mayor proporción de estaño (Herrán Martínez 2008: 248), como las dos leznas biapuntadas de Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria) (Samaniego *et al.* 2001: 86) y sin duda es a finales del II milenio AC cuando proliferan los bronce estañados. Por tanto, no podemos discriminar con claridad su atribución crono-cultural, pues se trata de un tipo de útil de amplia representación temporal y su aleación binaria puede encuadrarse de forma genérica dentro de la Edad del Bronce.

Los otros elementos hallados fueron un fragmento informe de hierro y una chincheta de hierro, previsiblemente correspondiente a un calzado, tal vez de uno de los saqueadores del túmulo. La chincheta se halló en la UE 8 y en la zona oeste de la cámara en la que aparecieron la mayor parte de los campaniformes, las cerámicas a torno y los fragmentos a mano lisos. De relacionarse este elemento con la remoción del túmulo, ésta habría acontecido en algún momento reciente. El fragmento informe de hierro apareció en la UE 5, en la misma zona en la que también estaba la chincheta, por lo tanto seguramente su presencia obedece a la misma causa. Es posible que tras el saqueo quedara abierto en el centro del túmulo un "cráter" en que se abandonaron algunos de los restos hallados *in situ*, yendo a parar

allí también desechos de cualquier tipo que se produjeron como consecuencia del uso posterior de la zona.

3.6. Lajas con cazoletas

Se han documentado siete lajas de esquisto con pequeñas cazoletas grabadas en sólo una de sus caras (Fig. 12 y 13). Los soportes de tales insculturas son irregulares y no muestran huellas de haber sido regularizados, si bien pudieron haber sido desbastados. Cuatro de estas lajas esquistas presentan una ligera tendencia rectangular, dos son bastante pequeñas y otra, con una única cazoleta, es romboidal alargada (Fig. 12, nº 4) y recuerda a la estela que presidía un extremo de la cista del túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila) (Fabián 1992 y 2006: 321). Seis de ellas aparecieron desplazadas de su posición original, en distintas posiciones, formando parte del relleno del túmulo y sólo una se encontró *in situ* en posición apaisada (Fig. 12, nº 1). Esta última delimitaba la estructura cameral, con dos cazoletas en la cara orientada hacia el exterior del monumento. Las posiciones en que se hallaban el resto de bloques grabados eran muy heterogéneas, y tal como se documentaron no se reconoce ningún patrón en la orientación de las cazoletas⁶.

El grabado de cazoletas durante la Prehistoria Reciente es una práctica muy extendida por toda la Europa atlántica continental y las islas británicas, compareciendo tanto en losas u ortostatos exentos como en soportes rocosos inmuebles (Burgess 1989-90; Bradley 1993, 1997; Waddington 1998). Del primer caso hay numerosos testimonios relacionados con el megalitismo en la costa cantábrica (Díaz Casado 1993: 52). Comunes son también entre los monumentos megalíticos de la zona salmantina, sobre ortostatos graníticos como los del dolmen del Mesón (La Mata de Ledesma) con cazoletas en tres de las losas de la cámara o en una de las que forman el

⁶ En numerosos cairns funerarios de inicios de la Edad del Bronce en Inglaterra, pertenecientes a lo que Bradley (1997: 138-146) considera la "tradición norteña", se ha constatado que las lajas con cazoletas fueron depositadas conforme a pautas regladas: con las caras grabadas o de mayor número de motivos hacia el interior de la cista, o hacia el suelo (Bradley 1997: 141-142).

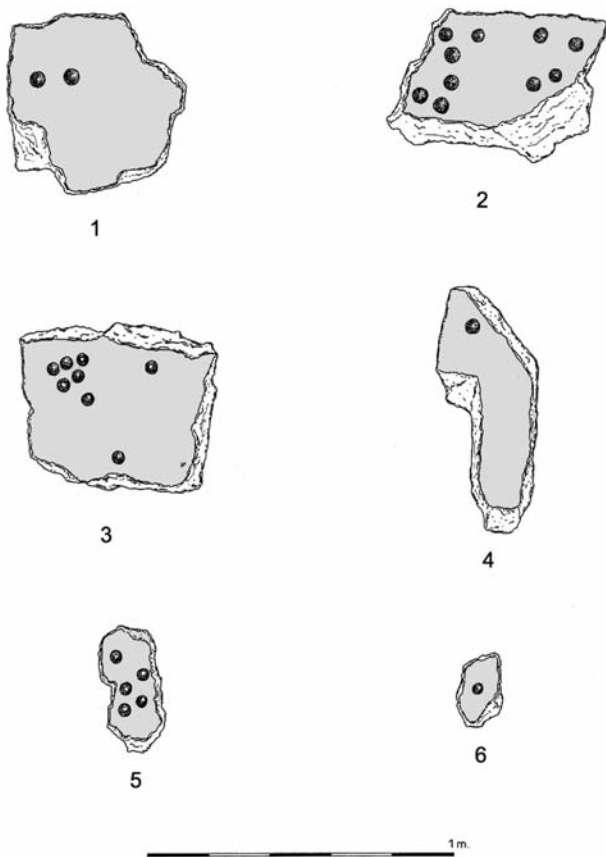


Fig. 12. Lajas de esquistos con cazoletas grabadas, en posición secundaria, identificadas en la tercera capa de piedras (UE 7).



Fig. 13. Dos de las mayores lajas con cazoletas, correspondientes a las piezas nº3 y 2 de la Fig. 12.

dolmen de La Navalito (Lumbrales) (Delibes y Santonja 1986: 82 y 86, lám. XXX; López Plaza 1999: 298). También en soporte granítico exento se ejecutaron las de Valencia de Alcántara (Cáceres) y en monumentos de la provincia de Toledo, como en los dólmenes de Navalcán (Bueno Ramírez *et al.* 1999) y Azután (Bueno Ramírez 1991; Bueno Ramírez *et al.* 2002: 87, 91) y entre menhires y dólmenes de la zona portuguesa de Évora (Almeida y Veiga Ferreira 1971).

Encontramos lajas de esquistos con cazoletas, similares a las de Los Tiesos, en monumentos megalíticos como el dolmen de San Benito de la Valmuza (Delibes y Santonja 1986: lám. XX), en una laja del dolmen de Azután (Bueno Ramírez 1991; Bueno Ramírez *et al.* 1999) y en otra del dolmen de la Estrella (Bueno Ramírez 1991; Bueno Ramírez *et al.* 2002: 141, fig. 114) y también en superficie, pero asociadas a un contexto de hábitat en

el yacimiento calcolítico de Tierras Lineras (La Mata de Ledesma, Salamanca) (López Plaza 1999: 298, fig. 1). Incluso hemos reconocido nuevas lajas de esquistos con cazoletas en otros puntos del paisaje del Campo Azálvaro⁷ como en el pago de El Caloco (Ojos Albos) donde se encuentran exentas en lo alto de un cerro sin indicios de habitación, de una forma enigmática.

Pero donde las cazoletas grabadas son más frecuentes es en grandes bolos y lanchas graníticas o pizarrosas al aire libre que resaltan en el paisaje de diversas regiones atlánticas (Bradley 1997: 159-207; Waddington 1998), donde normalmente comparecen de forma dispersa y sin asociarse a otro tipo de grafías. En este sentido, uno de nosotros (JFF) ha comenzado a recopilar, estudiar y dar a conocer tales testimonios en el suroeste de la Meseta Norte (Fabián 2010). De mayor interés es la recolección de pruebas, en la

⁷ Agradecemos la información a J.A. Lebaniegos, residente ocasional de Mediana de Voltoya y naturalista aficionado.

región británica de Northumberland, sobre la reutilización en túmulos de bloques con cazoletas que originariamente compusieron paneles grabados al aire libre (Bradley 1997: 143-145), lo cual supone un extraordinario ejemplo de fragmentación deliberada para encadenar lugares, personas y eventos a lo ancho del paisaje (Chapman y Gaydarska 2007: 107). Ello plantea diversas posibilidades, confirmadas en la región gallega (Bradley 1997: 59) no bien contrastadas en nuestro caso: que algunos de los bloques de esquisto grabados de Los Tiesos hubieran sido desgajados del propio afloramiento sobre el que se emplaza, o que procedieran de paneles al aire libre del entorno. Si bien las cazoletas grabadas presentan distinta pátina, con algunas de aspecto más fresco, es difícil asegurar algo y parecen más bien grabadas acomodándose al bloque una vez exento (Fig. 13). Sobre el significado de las cazoletas, se puede apuntar que Bueno y Balbín (2000) las interpretan, en relación con el arte megalítico, como símbolos solares y aprecian cierta correlación entre las representaciones esquemáticas de antropomorfos y las cazoletas. Bradley (1993, 1997) por su parte les atribuye complejos y cambiantes significados cosmológicos, en gran parte inscritos en el paisaje.

3.7. Interpretación de Los Tiesos I

Si trazamos un recorrido por la secuencia de acciones que han dejado huella arqueológica en el monumento, tendríamos que comenzar por el fuego que fue encendido sobre la plataforma rocosa, antes de que fuera cubierta con piedras. Han quedado vestigios de esa lumbre en la superficie del sustrato geológico que quedó sellado bajo el túmulo, y son muy frecuentes los carbones en el sedimento que colmataba el rebaje central (UE 12) y en los retazos del depósito de limo superpuesto al esquisto de base (UE 6). Sin embargo, dado que no llegamos a excavar toda la superficie del túmulo, no tenemos garantías sobre su presunta intencionalidad ni sobre su verdadero alcance y extensión⁸. En un momento indeterminado (sin que hayamos podido establecer su relación temporal con ese fuego), sobre la plataforma de esquisto se ahuecó un rebaje o fosa central con sendos pocillos

(UE 11). Con posterioridad, esta fosa se colmató con un sedimento limoso y negruzco rico en cenizas, materia orgánica y fósforo, de indudable origen antrópico (UE 12) y que, ante la ausencia de indicios en contra, se originó en época prehistórica y no sufrió alteraciones posteriores. Además de haber recibido cierto material perecedero (que no hemos logrado determinar), este depósito antropogénico contuvo fragmentos de cinco recipientes campaniformes: tres de ellos son vasos con decoración de tipo Ciempozuelos, a los que se suman partes de un cuenco del mismo estilo más el testimonio de otro vaso de tipo Puntillado Geométrico o Marítimo. Entre la vajilla que adscribimos a este momento figuran los trozos correspondientes a cazuelas de pasta fina de carena alta y fuego reductor (Fig. 8, nº 9 y 10).

Este rebaje realizado en el esquisto pudo estar enmarcado por una serie de lajas del mismo material dispuestas sin demasiado cuidado en posición apaisada y sin contacto directo con la superficie rocosa. Esta observación permite plantear que la plataforma fuera explanada antes de la delimitación de un espacio camerado, conservando algo de tierra sobre la que fueron asentadas las lajas que la componían. Algunas pocas lajas permiten atisbar una planta poligonal o circular que comprendería un diámetro en torno a los 3-3,5 m. Uno de tales bloques, alineado junto a otros tres, portaba dos cazoletas en la cara exterior. El conjunto se cubrió mediante el vertido de gran cantidad de piedras y bloques del entorno inmediato, conformando una coraza tumular de planta circular de al menos 12 m de diámetro y 1 m de altura en origen. En tiempos recientes el túmulo ha sido objeto de algún expolio, lo que ha facilitado la incorporación de desechos como loza o metales. Esta lectura del registro trata de sintetizar de una forma coherente las informaciones obtenidas, pero sin embargo presenta algunos puntos negros, sobre los cuales no tenemos certidumbres.

Un primer aspecto que ofrece dudas es la secuencia concreta del monumento, y no podemos descartar tajantemente ninguna de las hipótesis que nos parecen más razonables al respecto: a) una sucesión de fases y reformas discontinuas, centradas en el Neolítico Final y finales del Calco-

⁸ Si bien suele hablarse de fuegos intencionados rituales o higiénicos para condenar o clausurar monumentos prehistóricos (p.e. Rojo Guerra y Kunst 2002).

lítico, o b) un plan orgánico y unitario, aunque prolongado en el tiempo, centrado exclusivamente en la segunda mitad del III milenio AC.

Según la primera hipótesis, el túmulo pudo haber conllevado un proceso diacrónico dividido en fases distanciadas entre sí, cada una con un proyecto particular. Así, para sostener una primera fase constructiva en el Neolítico Final podemos aducir los paralelismos con la estructura cameral de bloques y lajas de granito apaisados en el interior del túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo), a 26 km de Los Tiesos I (Estremera y Fabián 2002; Fabián 2006: 337-338), o la frecuente asociación entre cazoletas y megalitos (*vid supra*). A esta primera etapa correspondería el microlito geométrico (Fig. 10, nº 4), y tal vez algún otro objeto, como el fragmento de lámina de sílex (Fig. 10, nº 7) o las hachas pulidas (tanto la utilitaria de corneana como el hachita votiva de esquisto) (Fig. 10, nº 1 y 2) o las dos diminutas cuentas de collar de esquisto (Fig. 10, nº 5 y 6). Según esta misma posibilidad, hacia la segunda mitad del tercer milenio AC, en momentos avanzados del Calcolítico el monumento previo pudo haber sido reformado. En este contexto se situaría la excavación del rebaje geminado excavado en el esquisto (UE 11) (¿o sería previo?), y con claridad su relleno con partes de recipientes campaniformes. La remoción de la posible cámara de lajas habría ocurrido en este momento, procediéndose posteriormente a la cubrición del conjunto con nuevos aportes de piedras, entre las cuales habrían quedado comprendidas las partes constitutivas de la cámara. Por último, no podemos descartar que el punzón biapuntado de bronce binario (Fig. 10, nº 8) fuera coetáneo al campaniforme (*vid supra*), pero por su tipología y su composición parece razonable pensar en una deposición ocurrida siglos más tarde, dentro ya de la Edad del Bronce. Una secuencia como la que hemos descrito nos remite inevitablemente a las reconocidas en la mayoría de los dólmenes excavados en el interior de la Península Ibérica.

Sin embargo, la existencia de una verdadera etapa monumental neolítica no deja de plantearnos dudas, por lo que albergamos una segunda hipótesis, según la cual todas las acciones reconocidas durante la excavación habrían ocurrido como parte de un mismo proyecto monumental unitario, desarrollado durante un tiempo indeterminable en la segunda mitad del tercer milenio

AC. Así, en primer lugar, ha de recordarse que las cazoletas grabadas no se vinculan exclusivamente al megalitismo, y se sabe con certeza que siguen siendo realizadas hasta comienzos de la Edad del Bronce (Burgess 1989-90; Bradley 1997: 57-65). De hecho, aunque fueran antiguas, la (re)utilización de lajas con cazoletas es común entre los cairns del Bronce Antiguo de diversas regiones atlánticas (Bradley 1997: 136-150), incluyendo las cistas bajo túmulo gallegas (Penedo y Fábregas 1995; Bradley 1997: 59).

Por otra parte, entre el material "selecto" hallado, sólo el trapecio de sílex podría ser diagnóstico de un contexto antiguo, pero sin embargo, su tipología no se corresponde con la reconocida en contextos para-megalíticos cercanos (cf. Estremera y Fabián 2002). De hecho, el resto de materiales presuntamente neolíticos no pueden disociarse con claridad del elenco de objetos dispersos por el túmulo, ni por su distribución, ni por su aspecto fragmentario y rodado. Es este un argumento fundamental en la comprensión de la secuencia del túmulo, y por ello discutiremos a continuación algunas impresiones obtenidas al respecto tras un exhaustivo estudio del material recuperado. Como se ha expuesto en los apartados previos (Fig. 7), el exiguo repertorio de materiales arqueológicos se compone básicamente de fragmentos informes de cerámica a mano, tosca y llamativamente menuda y rodada. Parece posible comprender este deficiente grado de conservación como un elocuente indicio de la exposición de tales restos fragmentarios al aire libre durante algún tiempo (Chapman y Gaydarska 2006). Junto a ello resulta significativa la escasez de restos de talla, con una muestra restringida apenas a algunas lascas de cuarzo, cuarcita y sílex o cantos rodados de cuarcita con talla somera, uno de ellos con extracciones bifaciales de tipo *chopping tool*. En conjunto no permiten postular la existencia de pruebas de verdadera configuración de útiles líticos, ni siquiera de forma expeditiva, sobre el propio túmulo. También es meramente testimonial la presencia de fragmentos de molinos manuales de granito entre las capas de piedras de la coraza tumular, concretamente de dos piezas durmientes (muelas o moletas).

Conviene recapitular estas ideas, valorando en conjunto los materiales arqueológicos y su distribución espacial dentro del túmulo. A pesar de que no se ha completado la excavación de todo el mo-

numento, y por tanto algunas afirmaciones son provisionales y deben considerarse con cautela, podemos avanzar algunos puntos de interés:

1. Los materiales aparecen repartidos por todo el área del túmulo, sin concentraciones significativas. La presunta cámara originaria del monumento, es decir la parte central, no es la zona de mayor concentración de materiales, sino su periferia inmediata. Ello podría relacionarse con su expolio y la remoción de tierra hacia el exterior del socavón creado. Esta hipótesis podría explicar la presencia en posición alterada de las cuentas de collar, tal vez de las dos hachitas votivas y con mayor probabilidad de los fragmentos campaniformes, elementos que procederían del depósito de la fosa central (UE 12) y que se reconocieron en dicho halo central del túmulo. Sin embargo, como veremos, las características del resto del material prehistórico permiten barajar otras posibilidades.

2. La cerámica a torno y las tachuelas de hierro se han encontrado en la zona central del túmulo y su deposición podría relacionarse con episodios de expolio centrados precisamente en ese foco entre los siglos XIX y XX. Las cerámicas torneadas podrían estar relacionadas con el cráter dejado tras el expolio, donde se arrojaron desperdicios relacionados con las tareas agrícolas, como recipientes rotos en el curso de las faenas agrarias. Los elementos de hierro podrían haberse filtrado a mayor profundidad por su peso.

3. Todos los materiales cerámicos hallados aparecen muy fragmentados. En ningún caso se han podido reconstruir recipientes completos, y las partes que casan no llegan a alcanzar el 25% de su volumen original. La mayor parte de los restos cerámicos no concuerdan entre sí, si bien pudieran reconstruirse partes de un mismo recipiente por su similitud física (Bollong 1994). La ausencia de decoraciones entre las cerámicas dificulta aún más reconocer fragmentos del mismo cacharro. Por tanto, el predominio de los fragmentos “huérfanos” (sin otros con los que ligen) (Schiffer 1987: 298-302; Chapman y Gaydarska 2006: 81) es abrumador, incluso considerando la parcialidad del área excavada.

4. Junto con su alto grado de fragmentación, gran parte de la cerámica prehistórica destaca por

presentar intensas huellas de rodamiento y erosión tras haberse roto (no hay fracturas frescas). Ello nos habla de cierto “ciclo de uso” de la cerámica tras su fragmentación: su deficiente estado de conservación debe considerarse predeposicional, no achacable a las incidencias sufridas post abandono, una vez incorporadas el túmulo. Por tanto, podría tratarse de restos descartados provisionalmente en un lugar, donde estuvieron expuestos a la meteorización y la atrición y disgregación mecánica (piseo, rodamiento, etc) redepositados finalmente en el túmulo (Chapman y Gaydarska 2006: 81-105).

5. La escasez de cuentas de collar (únicamente dos) llama poderosamente la atención, pues entre los monumentos del Neolítico y Calcolítico inicial suelen recuperarse en grandes cantidades⁹. Es poco probable que su ausencia pueda explicarse por el expolio de la zona central y que permanezcan mayoritariamente en las partes no excavadas del túmulo. Más bien, por su diminuto tamaño (ambas se recuperaron en la criba), pudiera pensarse que pasaron desapercibidas tanto para las gentes prehistóricas como para los violadores modernos. Su carácter excepcional parece pues un rasgo característico de esta estación arqueológica, cuyo contenido y proceso formativo difiere de los monumentos funerarios coetáneos.

En definitiva, el hallazgo parco y anecdótico de elementos de cultura material como los presentados, tan frecuentes entre los monumentos megalíticos y tumulares en general, ha dado pie a distintas hipótesis explicativas. Estas basculan entre vincular dichos residuos con estancias ceremoniales ocasionales de tipo agregativo (Criado *et al.* 2000) o identificar los propios monumentos con zonas de hábitat más o menos prolongado (Bueno Ramírez *et al.* 2005). Sin entrar a discutir ahora tales lecturas, pensamos que ambas propuestas pueden aplicarse a los túmulos en general mientras prescindamos de la distinción ritual/mundano (Blanco González y Fabián 2010: 203) y reconocamos que entre los polos movilidad/sedentarismo se encuentra una casuística demasiado rica y de reflejo arqueológico ni simple ni directo (Cribb 1991). Sin embargo, si nos referimos al caso de Los Tiesos I, una reconsideración crítica sobre el tipo de material encontrado (desordenado, fragmentario, rodado, poco representativo) plantea se-

⁹ En el cercano dolmen del Prado de las Cruces se recuperaron 1.560 cuentas de collar, muchas de ellas anulares y de esquisto como las de Los Tiesos I (Fabián 1997: 84-87), y es común encontrarlas “por millares” entre los sepulcros megalíticos salmantinos (Delibes y Santonja 1986: 169).

rias dudas sobre su supuesta atribución a ajuares depositados en posición primaria en el túmulo, bien se atribuyan al Neolítico Final o asociados al ritual campaniforme. Así pues, aunque no hemos emprendido un estudio exhaustivo de comprobación de fragmentos que casan entre sí¹⁰ y sólo hemos observado algunas características del “ciclo de uso” de los restos dispersos por el túmulo (Chapman 2000; Chapman y Gaydarska 2006), todo parece indicar que no responden a una deposición prehistórica en buen estado (sin fragmentar) alterada por reformas o violaciones posteriores. Gana por tanto peso la posibilidad de que tales restos fueran vertidos al monumento (bien de manera consciente y con una intención simbólica, o bien de forma absolutamente desapercibida) mezclados con tierra procedente de un contexto deposicional que los contuviera, donde se realizaron actividades de molturación, consumo de alimentos, talla de sílex, etc.

4. EXCAVACIÓN DEL TÚMULO DE LOS TIESOS II

Se trata de un pequeño amontonamiento de piedras y tierra que se levantaba unos 50 cm sobre el nivel del suelo, de planta circular y 6 m de diámetro, en cuyas inmediaciones se documentaron algunos fragmentos de cerámica a mano (Fig. 14). Su hallazgo se produjo durante la campaña de excavaciones estivales en Los Tiesos I. Se sitúa a 380 m en línea recta del túmulo de Los Tiesos I, y sus coordenadas UTM (datum ETRS89) son 30T 348120, 4495179, siendo su altitud de 1.116 m snm.



Fig. 14. Aspecto del túmulo de Los Tiesos II una vez desbrozado.

Se practicó un sondeo de 2 x 5 m que atravesaba la estructura por su parte central (Fig. 15). La excavación permitió documentar un total de 6 unidades estratigráficas y tan sólo fueron detectados 5 elementos de cultura material en el transcurso de los trabajos: se trata de 2 fragmentos cerámicos a mano, 2 fragmentos cerámicos a torno y 1 molino barquiforme de granito. Se profundizó unos 40 cm en el punto de mayor potencia de la estructura, mostrando una estratigrafía muy simple, formada por 4 capas de bloques graníticos que fueron sucesivamente levantadas. La disposición interna indica que estas piedras fueron arrojadas sin orden alguno, si bien pudo existir un anillo perimetral de contención de la estructura, circular muy regular y de 4 m de diámetro, formado por bloques graníticos de más de 0'60 m de largo que apoyan directamente sobre la roca madre de esquisto. En el centro de la masa tumular, se reconoció un espacio subrectangular de 2 m de largo y 1 m de ancho, alineado en dirección NW-SE y delimitado mediante 10 lajas de esquisto de forma rectangular que apoyaban sobre la roca madre. En el flanco norte de esta posible estructura las lajas aparecen en posición enhiesta, mientras que en otros puntos se encontraban aparentemente caídas o desplazadas de su posición originaria. No se reconocieron diferencias entre el sedimento interno y el resto del relleno tumular, pero esta estructura “cistoide” es claramente intencionada, y el uso de lajas de esquisto de formato similar (las únicas de este material empleadas en el túmulo) parece remarcar este carácter planificado (Fig. 15). Los fragmen-



Fig. 15. Aspecto final de la cata de 10 m² en el túmulo de Los Tiesos II desde el sur. Se aprecia la roca madre de esquisto y estructura interior de lajas (UE 6).

¹⁰ Tarea que habría requerido la excavación total del túmulo para alcanzar unas conclusiones mínimamente significativas al nivel de relaciones dentro de la misma estación arqueológica.

tos de cerámica a mano y a torno se localizaron en la UE 3, a escasos 10 cm de la superficie, no casan entre sí y no puede descartarse que respondieran a aportes posteriores a la construcción tumular (hay restos dispersos de cerámicas a mano en la zona aneja al túmulo). El molino barquiforme de granito, muy desgastado, se incluyó en una zona profunda del túmulo, tal vez como material amortizado en desuso, y probablemente con una intencionalidad que responde a una lógica particular, inalcanzable para nosotros.

5. LA PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA DEL ENTORNO

Tras las excavaciones arqueológicas de 2001, y a la vista de la casi total ausencia de yacimientos prehistóricos en la región, se consideró necesario caracterizar mejor el entorno de los túmulos, en busca de huellas de actividad relacionadas con los mismos. Se trataba de comprobar si los monumentos y los restos esporádicos de cultura material a ellos incorporados eran los únicos tes-

timonios que habían perdurado de la Prehistoria Reciente en el sector. Así pues, el objetivo era obtener una muestra de la variabilidad en la distribución de los restos de cultura material, a una resolución adecuada para informar sobre las pautas de la presencia y ocupación prehistórica que acogió ese territorio. Para ello se planteó el recorrido sistemático de una superficie suficientemente representativa en la periferia del túmulo de Los Tiesos I. Durante varias jornadas completas de abril de 2002 realizamos una prospección arqueológica intensiva de cobertura total asistidos en el terreno por un GPS y manipulando posteriormente los datos en un SIG (Gillins 2000). Se inspeccionaron en total 390 has repartidas entre el término municipal de Mediana de Voltoya, y el término de Urraca-Miguel (Ávila).

Atendiendo en esta ocasión exclusivamente a los testimonios prehistóricos, los resultados de la prospección pueden verse en el mapa de densidad de restos que se acompaña (Fig. 16). La imagen se ha obtenido a partir del registro puntual de artefactos de naturaleza arqueológica durante los

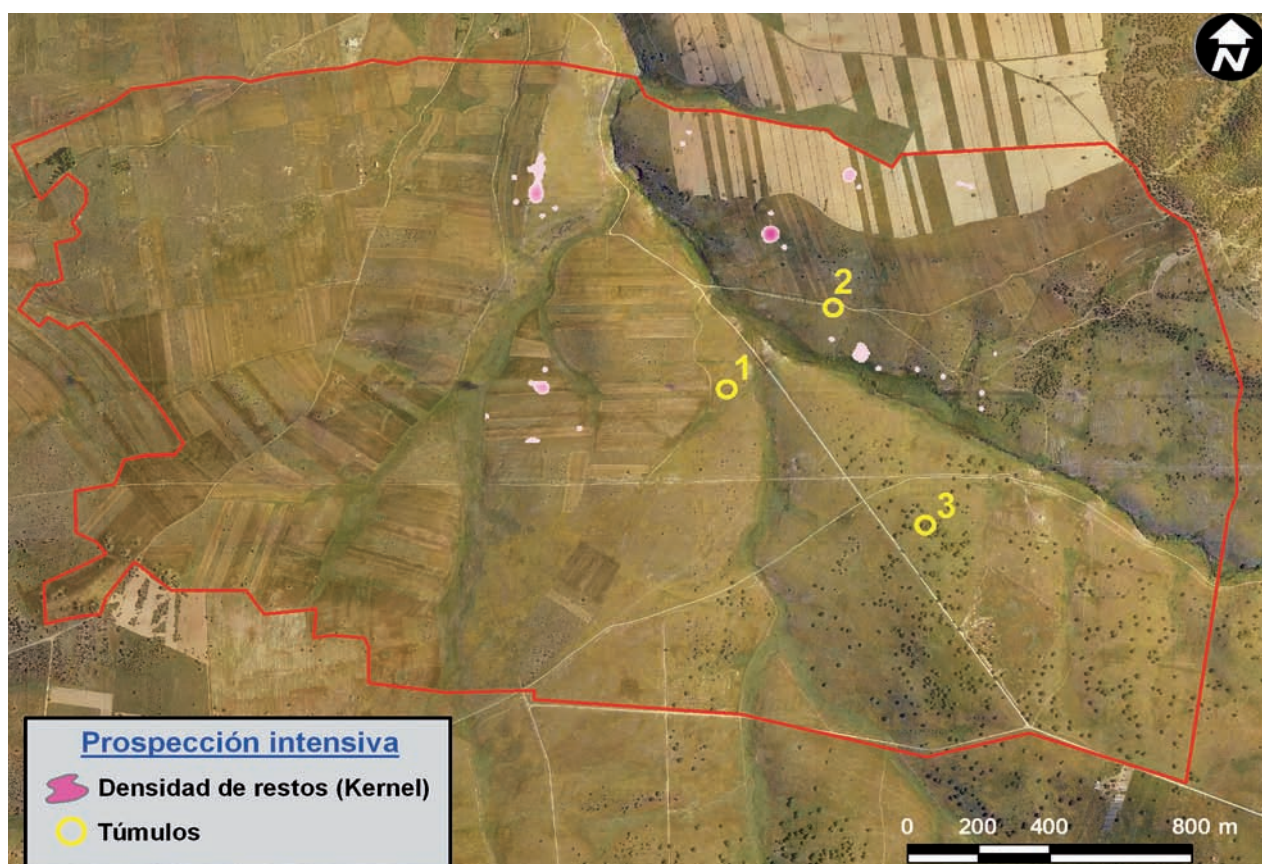


Fig. 16. Mapa de densidad de restos de cultura material en el entorno de Los Tiesos, a partir de la prospección arqueológica intensiva. 1. Túmulo de Los Tiesos I; 2. Túmulo de Los Tiesos II; 3. Túmulo de El Rasillo.

recorridos a pie mediante un GPS. Posteriormente esos datos vectoriales se han representado como una superficie continua con distintos valores para la frecuencia de artefactos documentados, mediante la función Kernel de ArcGIS 10. Además de los propios túmulos, destaca la identificación de varios focos de mayor densidad de material, probable fruto de actividades distintas a las que dan lugar a un yacimiento, dentro de un fenómeno generalizado de hallazgos *off site/non site* en la terminología anglosajona (Gallant 1986). Por su carácter concentrado y discreto hemos identificado un nuevo yacimiento en El Regado, inmediatamente al sureste del túmulo de Los Tiesos II, que ha deparado cerámica a mano muy rodada¹¹. Se ha confirmado la presencia de cerámica manufacturada en torno a un dique de cuarzo en La Guija

del Camino de Cebreros. El hallazgo más destacado ha sido la localización de un túmulo de grandes dimensiones (24 m x 22 m) y menos de 1 m de altura en el paraje de El Rasillo (Urraca-Miguel) a 1 km en línea recta de Los Tiesos I (Fig. 17).

Entre los focos de residuos de indudable datación prehistórica se encuentra Las Vegas, un pequeño núcleo de menos de 400 m² a 250 m al noroeste del túmulo de Los Tiesos II, donde se reconoció una decena de fragmentos cerámicos a mano, asociados a un terreno más oscuro. Por su parte, el pago de Prado Campo es una amplia zona de dispersión de cerámicas a mano muy rodadas y algunas lascas de sílex al oeste del túmulo de Los Tiesos I. Estos resultados permiten caracterizar un foco relativamente denso de túmulos en la zona estudiada¹², y arrojan nuevas pistas sobre la presen-



Fig. 17. Túmulo de El Rasillo (Urraca-Miguel, Ávila).

¹¹ Entre los fragmentos identificados destaca un asa de cinta, cuyos mejores paralelos se encuentran en época neolítica, si bien no tenemos argumentos adicionales para asegurar tal atribución.

¹² Existe otro posible túmulo en el Cerro de Mediana a 1 km al norte de Los Tiesos I, que no parece responder a un majano reciente, si bien no podemos confirmarlo al estar cubierto de carrascos y no haberse hallado indicios más claros (como restos de cerámica) en el entorno.

cia en el paisaje inmediato a ellos de áreas de actividad 'dispersa', de escasa entidad material y débil visibilidad ante una prospección de superficie convencional. Estos indicios nos dan pie a hablar de una presencia esporádica y rala, sobre todo comparada con otras zonas vecinas como el Valle Amblés (Fabián 2006), cuya interpretación histórica abordaremos en el siguiente apartado.

6. RECAPITULACIÓN

Como explicamos al presentar la investigación, pretendíamos comprender el papel de los monumentos tumulares mediante la caracterización del paisaje en que se insertaron. Las pruebas aquí reunidas nos informan de que el entorno vegetal del Campo Azálvaro durante el tercer milenio AC no fue muy diferente del actual, dominado por dehesas y praderas de gramíneas, de clara vocación pastoril. El estudio palinológico del relleno de la fosa central (UE 12) en Los Tiesos I (López Sáez, en este volumen) ha reconocido en sus inmediaciones indicios de antropización relacionados con el pastoreo, y aunque el polen de cereal no esté representado, en absoluto hemos de descartar la práctica de cerealicultura a nivel local, entre los grupos responsables de su erección y uso. También ha quedado demostrado que las huellas de ocupación permanente y de entidad no comparecen de igual forma en nuestro ámbito de estudio, frente a la densidad y persistencia de la ocupación humana en el cercano Valle Amblés (Fabián, 2006; Blanco González 2008), y en general, en las campiñas y tierras de mejores recursos agrarios (p.e. Delibes y Fernández Manzano 2000; Díaz-del-Río 2001). La prospección intensiva permite intuir cierta frecuentación en época prehistórica, asociada a actividades cotidianas distribuidas en el territorio (talla lítica, preparación de alimentos, etc) que no han legado acumulaciones de residuos de entidad, y sí cierto "ruido de fondo" producto de su repetición en distintas localizaciones.

Estos datos, tomados en conjunto, matizan y corrigen en cierta medida los presupuestos iniciales: todo apunta a la ocupación del territorio por grupos agro-pastoriles poco numerosos, pero durante estancias no necesariamente efímeras ni esporádicas. En efecto, tal como muestra el mencionado estudio palinológico de Los Tiesos I (López Sáez, en este volumen), el espectro de prácticas de subsistencia coetáneas al uso del mo-

numento incluiría muy probablemente el cultivo de cereales, del que tenemos indicios indirectos en nuestro análisis polínico (ancosporas fúngicas, indicativas de desbroces con fuego y roturación de terrenos). Pero la imagen predominante es la de un encinar ahuecado resultado ante todo del pastoreo, una actividad complementaria y en régimen extensivo, pero lo suficientemente reiterada y mantenida durante siglos como para causar la incidencia antropozógena detectada. Así pues, el beneficio de la dehesa y la gestión planificada y racional de los recursos agroforestales (Díaz-del-Río 2001) harían necesaria una permanencia de cierta duración, en la tónica que viene documentándose desde el V milenio AC entre grupos megalíticos de la Meseta (Bueno *et al.* 2005: 23-35 y 195-199). Si bien los pastores nómadas suelen legar testimonios residenciales con no pocos rasgos en común con los aquí detectados (p.e. Cribb 1991), ciertos estudios comparativos (Criado *et al.* 2000, 2005) advierten que históricamente se constata la construcción de monumentos tumulares indistintamente entre sociedades cazadoras-recolectoras y horticultoras. De hecho, en el occidente africano los túmulos, las estaciones de arte rupestre y los poblados intermitentes son empleados como marcadores territoriales y referentes paisajísticos, con independencia del grado concreto de nomadismo o sedentarismo que adoptaran sus cambiantes estrategias de subsistencia, relacionadas con las fluctuaciones climáticas (Holl 1998). Así pues, el carácter conspicuo de los monumentos es plenamente compatible con la invisibilidad de los asentamientos coetáneos (Criado 1993) sin necesidad de apelar a un régimen de vida seminómada, o a unas estrategias de subsistencia concretas, que pudieron modificarse con el tiempo.

En suma, lejos de concebir que las formas de vida que encontramos en el Campo Azálvaro estuvieron irremediabilmente condicionadas por factores económicos o ambientales, es más sensato considerar que las huellas que dejaron aquellos moradores prehistóricos responden a unas opciones sociales premeditadas y selectivas, elegidas por las sociedades estudiadas entre un abanico de opciones posibles. El comportamiento humano se encauza a través de "esquemas de racionalidad" concretos, plasmados en una serie coherente de costumbres propias de cada cultura, que responden a normas y prescripciones culturales inculcadas y mantenidas a través de la prác-

tica rutinaria. Los principios que deben orientar toda conducta en cualquier ámbito de la vida social se basan en unos valores peculiares y distintivos (propios de cada cultura), que permiten discriminar entre acciones correctas o reprobables. La creación, uso y desecho de la cultura material en sentido lato también se rige por tales principios de conducta y “esquemas de racionalidad”, muy variables de unas culturas a otras. Por tanto, la función y significado de los enseres o las cabañas, así como el conocimiento de cuándo y cómo deben ser sustituidos o descartados, responden a opciones culturales que cambiaron de unos contextos a otros. Ese marco variable de reglas y preceptos, no inmutable ni impuesto por el medio, es el que en última instancia condiciona el tipo de materialidad o rastro material que dejaron a su paso tales gentes, configurando por tanto un tipo específico de “registro arqueológico” (Criado 1993; Blanco-González e.p.a). Así pues, la escasa consistencia y el carácter precario y efímero de los testimonios de asentamiento en el Campo Azálvaro no deben llevarnos a aceptar automáticamente unos modos de vida desarraigados e itinerantes. Más bien ese aspecto ha de relacionarse con la peculiar forma de vivir y deshacerse de los desperdicios domésticos por parte de los grupos que las crearon y desecharon, respondiendo a un concepto de las actividades “domésticas” distintivo, como el planteado por J. Brück (1999b) para el Bronce Antiguo del sur de Inglaterra. Frente a la realidad coetánea de los valles fluviales y campiñas (con sus granjas y campos de hoyos donde se acumularon grandes cantidades de material) el propio sustrato metamórfico del Campo Azálvaro parece enmarcar, sin determinarlas, unas prácticas culturales dotadas de cierto “atlantismo”, muy propias de las sociedades prehistóricas europeas hasta inicios de la Edad del Bronce (Barrett 1994; Bradley 1997; Brück 1999b; Thomas 1999).

Tras esta exposición ¿cómo comprender los túmulos en semejante escenario prehistórico? El fenómeno tumular abarca enormes diferencias de escala entre las sociedades de la Prehistoria Reciente occidental, y es fácil aplicar de forma transcultural lecturas atractivas sin considerar adecuadamente las particularidades históricas. Si hablamos de monumentalidad no es lo mismo referirse al enorme túmulo inglés de Silbury Hill, de 40 m de altura y 2 hectáreas de extensión (Malone

1989) o los pequeños monumentos aquí estudiados. A pesar de ello, resulta enriquecedor comparar las dinámicas sociales y los procesos deposicionales de unos y otros contextos, para hallar principios de comportamiento cultural comunes (Criado *et al.* 2002, 2005). Así, todos los monumentos escapan a una explicación simplista, en términos meramente funcionales o utilitarios, aun cuando las consecuencias prácticas de su construcción serían muy evidentes para sus constructores (Johnston 2001; Goldhahn 2008). En consecuencia no podemos separar la parte utilitaria de su clara vertiente simbólica, pues ambas estuvieron comprometidas en su construcción.

Queremos resaltar aquí uno de tales aspectos comunes a los túmulos de muy distintas épocas y lugares: su carácter dinámico, complejo e inmerso en tramas de significados y referencias contextuales, sólo plenamente comprensibles a escala local (Thomas 1999). Los comportamientos “simbólicos” o “rituales” a los que responden han de considerarse recursos metafóricos maleables, para actuar de una forma versátil, es decir, que no hay que esperar que fueran comprendidos de forma unívoca e inmutable por las sociedades del pasado (Barrett 1994: 81; Brück 1999a, 158). Además, esos significados se enmarcan en relaciones de interdependencia, mutualidad y oposición compartidas en el conjunto de la vida social (Barrett 1994, 72-81; Criado 1993, 41; Hodder y Hutson 2003, 162-191). Se trata por tanto de indagar en los significados intercontextuales que en su día unificaron en una cosmología coherente distintos locales, vivencias y restos materiales (Kristiansen y Larsson 2006: 25). Desde estos planteamientos, los testimonios de época prehistórica estudiados en el Campo Azálvaro pueden comprenderse mejor considerando las referencias mutuas que establecen entre sí y con otros contextos que nos son conocidos, pero que no hemos hallado aquí. Es decir, estos túmulos deben insertarse en el contexto amplio de las experiencias, expectativas y preconcepciones que caracterizaron a las sociedades estudiadas (Blanco González e.p.b), muchos de cuyos rasgos definitorios (cabañas, granjas permanentes, campos de cultivo, etc.) o están ausentes en la región o responden a una voluntad y unas estrategias de visibilización (Criado 1993, 45-51) distintas de las que vienen reconociéndose para esos mismos grupos a sólo unas decenas de kilómetros de distancia (Fabián 1995,

2006). Para ello, nos fijaremos en dos escalas de plasmación del fenómeno: a nivel del paisaje y a nivel del monumento y su contenido interno.

En el primer nivel de observación, el del aspecto externo de los monumentos, nos preguntamos qué papel jugaron en el paisaje del Campo Azávaro. Aunque intervinieron recursos arquitectónicos y principios de ordenación comunes, cada monumento es resultado de una combinación de decisiones y circunstancias únicas; la variabilidad entre ellos es muy amplia y lo que comparten todos ellos es su aspecto de plataformas más o menos elevadas (Barrett 1994: 31). El único que se percibe con claridad desde cierta distancia, y podría por tanto haber funcionado como marcador de un supuesto territorio es el sepulcro de corredor del Prado de las Cruces (Bernúy-Salineró), donde se ha verificado la existencia de una verdadera arquitectura megalítica. Muy próximo a él, el túmulo de Cantos Blancos (Tornadizos) (donde se atisba un corredor de ortostatos) también disfruta de cierta prominencia visual¹³. Pero el resto de túmulos aquí considerados, incluyendo el enorme monumento de El Rasillo (Urraca-Miguel) (Fig. 17) y el recientemente descubierto túmulo de Navalonguilla (Villacastín, Segovia)¹⁴ responden a un volumen de escaso porte (inferior al metro de altura), y aunque se emplazan sobre relieves destacados, son imperceptibles a media distancia y sólo se distinguen con claridad a menos de 200-300 m. Así pues, gran parte de los monumentos del Campo cuadran mal con la idea funcionalista y etnocéntrica (Brück y Goodman 1999) de unos hitos de referencia visual que acotan territorios estáticos y discretos, apropiados de manera permanente (por clanes o grupos tribales?) (cf. Delibes y Santonja 1986, 136-137; Fabián 2006: 350). Frente a esa hipótesis, la visibilidad de los túmulos resulta más acorde con otro escenario posible, caracterizado por tres factores: 1) grupos humanos y sus rebaños en movimiento, atravesando de forma intermitente pero reiterada ese territorio; 2) un conocimiento previo de la ubicación y el valor cultural de esos lugares y 3) unas cualidades sensitivas efímeras, pero muy importantes, como el color. Así, siguiendo a C. Tilley (1994) si nos aproximamos a nuestros túmulos a pie, desde deter-

minadas direcciones y de forma paulatina (tal como harían los grupos prehistóricos acompañando a sus rebaños), su carácter monumental queda resaltado. Si el recorrido del territorio era repetido en determinadas épocas, entonces el conocimiento previo de la ubicación concreta de los túmulos y de su significado cultural (del que hablaremos más adelante) generaría unas expectativas y procuraría una percepción muy diferente: “después de estar allí y tras múltiples visitas a los mismos locales, la intensidad de la experiencia se incrementa. Monumentos que inicialmente estaban ocultos a la vista en una primera visita al lugar, pueden ahora ser vistos” (Tilley 1994: 75). Estas vivencias previas son en nuestro caso una condición de suma importancia para valorar el rol de esos túmulos en el paisaje, como hitos habituales, visitados de forma periódica y que pudieron haber funcionado como nodos que enlazan rutas lineales de tránsito de gentes y sus ganados (Bradley 1997: 177-189). Su localización viene remarcada además por ciertos accidentes del terreno que encauzan la atención y orientan la percepción de los túmulos, en especial los relieves y afloramientos sobre los que se emplazan, pero también las montañas, cursos fluviales y formaciones vegetales a los que están asociados (Figs. 17 y 18).

Por último, merece la pena detenernos en valorar el papel que pudo haber jugado el color en la apreciación de estos túmulos. La percepción sensorial es un aspecto escasamente atendido al estudiar las sociedades del pasado, y diversos estudios señalan que la cualidad visual pudo estar en gran medida mediatizada por la propia cultura (Jones y McGregor 2002). Para el fenómeno tumular se han tomado en consideración estas apreciaciones (Rojo 2005), si bien atendiendo a las propiedades cromáticas permanentes de los túmulos (naturaleza de las rocas empleadas). En nuestro caso, sugerimos que la variación cromática estacional de la cubierta tumular pudo tener cierta relevancia. Así, la restauración y adecuación a la visita pública del túmulo de Los Tiesos I nos ha permitido intuir su importancia en nuestro caso. El recrecido de la masa tumular en 2002 con nuevos aportes de tierra facilita que una década después, en la primavera de 2011, el túmulo aparezca tapi-

¹³ Cualidad resaltada además por la probable existencia de una cámara de ortostatos (desaparecidos) y un túmulo, algo degradado, envolviendo la estructura megalítica.

¹⁴ Hallazgo efectuado por la empresa ARATIKOS S. L. durante la prospección intensiva asociada a una línea de alta tensión.

zado de jaramagos, de vistoso color amarillo. Este fenómeno estacional pudo perfectamente ocurrir también en los tiempos prehistóricos, pues sabemos que los monumentos fueron objeto de sucesivas adiciones y remociones de su estructura tumular (Fig. 18).

En segundo lugar, para explorar el significado intercontextual de los túmulos, debemos dirigir la mirada hacia su emplazamiento y el contenido interno de aquellos excavados. Es en este aspecto en el que nuestra actual comprensión del fenómeno tumular en esta región concreta difiere sustancialmente de la impresión obtenida durante los trabajos de campo en 2001. No en vano, en un perspicaz y magistral ensayo sobre los monumentos prehistóricos, R. Bradley (2002: 4) señalaba que cuando se retrasa la publicación de los resultados de una investigación es más probable que tales datos causen confusión y extrañeza, al haber cambiado el clima intelectual en que se re-

copilaron. Este es sin duda el caso de nuestros trabajos sobre el Campo Azálvaro, que nos ha llevado a replantearnos la validez de algunos planteamientos con que los arqueólogos solemos abordar este tipo de yacimientos.

Inicialmente emprendimos la excavación de Los Tiesos I con el convencimiento de que era un monumento funerario. Así, encargamos el estudio de los componentes químicos (fosfatos y pH) del relleno de la fosa central (UE 12), para comprobar la hipótesis de que en esa bolsa de aspecto orgánico se hubieran efectuado inhumaciones de cadáveres asociados con la cerámica campaniforme. Los casos de Valdeprados (Gómez y Sanz 1994) y el túmulo 1 de Aldeagordillo (Fabián 1992; Fabián 2006: 321-327) eran un referente ineludible en nuestra comprensión inicial de qué podía contener un túmulo con campaniforme en su foco central. Hoy sin embargo, tras conocer otros muchos casos coetáneos, entre ellos el de El Mor-



Fig. 18. Vista panorámica del túmulo de los Tiesos I recrecido y florido, en la primavera de 2011. La percepción del túmulo desde esta dirección queda enmarcada por las montañas del fondo, que sirven como referencia visual para situarlo.

cuero (Gemuño, Ávila) (Blanco González y Fabián 2010), sospechamos que se trata de acciones deposicionales más complejas, que superan el concepto estrictamente funerario y reprodujeron muy diversos significados y asociaciones, a veces de significados contingentes y locales (Thomas 1999: 92, 119). Así, el hallazgo de campaniforme lo interpretamos inmediatamente como restos de un ajuar compuesto por bienes de prestigio, que a su vez informaba de posibles enterramientos desaparecidos (¿por la acidez del suelo?). En consecuencia, para explicar los elementos de cultura material dispersos y rodados, la ausencia de restos esqueléticos humanos y el estado fragmentario de los campaniformes, concedimos más valor a las incidencias post-abandono.

Las trayectorias de largo recorrido de otros monumentos del entorno, en especial el sepulcro del Prado de las Cruces (Fabián 1997) y el túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Estremera y Fabián 2002; Fabián 2006: 337-350) nos permiten intuir, como hipótesis, que en Los Tiesos I pudiéramos encontrar una sucesión de varias fases constructivas distanciadas temporalmente entre sí: al menos una del Neolítico Final y otra del Calcolítico avanzado. Sin embargo, las informaciones recopiladas podrían entenderse de otra forma. Tras considerar el estado de los materiales y su distribución, pensamos que el túmulo de Los Tiesos I, tal como ha llegado hasta nosotros, también pudo ser el resultado acumulativo de diversos episodios encadenados dentro de un mismo proyecto constructivo, sin grandes hiatus temporales y culturales entre sí. Éstos responderían no sólo a cierta "biografía cultural" (Last 1998) compleja, sino que sería más apropiado hablar de un proceso ritualizado de "monumentalización", es decir, una tradición local viva ligada a ese lugar y vigente durante un tiempo (Criado *et al.* 2005: 859; Bueno *et al.* 2005: 195). Frente a la otra hipótesis, esa vigencia de uso podría haberse concentrado en un arco temporal más corto, comprendido en la segunda mitad del tercer milenio AC.

En cualquier caso, ambas lecturas alternativas sobre la trayectoria de Los Tiesos I se basan en el hecho constatado de la sucesión de actividades con un desigual rastro arqueológico (unos actos bien documentados, otros sólo intuidos), cuya secuencia de ejecución sólo conocemos en parte: realización de un fuego, consumo de alimentos (?), acarreo de bloques, grabado de cazoletas (?), ex-

tracción de bloques grabados (?), excavación de una fosa, rotura deliberada de campaniformes y selección de fragmentos, relleno de la fosa con materia orgánica, cubrición con piedras. La combinación de todas estas acciones entre sí podría dar lugar a cientos de reconstrucciones posibles, y nuestras probabilidades de acertar seguirían siendo muy bajas. Con los datos fragmentarios disponibles sería temerario decantarse por una única narración de los hechos. Por eso, mejor que reconstruirlos, pretendemos subrayar lo que tales episodios de acción social pudieron significar en conjunto. Así, pensamos que es la propia reiteración de acciones en un punto concreto del paisaje lo que enlaza a todas ellas y permite relacionarlas. El lugar elegido no es ni mucho menos aleatorio, como nunca lo es al hablar de monumentos. Pero su importancia no parece radicar tanto en las propiedades físicas del sitio (que no es en absoluto extraordinario ni especialmente llamativo) como en otros motivos que sólo llegamos a sospechar: tal vez cierta vinculación cultural con el propio emplazamiento donde se repitieron unas actividades que cabe tildar de simbólicas o ceremoniales. Esta idea merece un comentario más argumentado.

Hemos especulado sobre la posibilidad de que las lajas con cazoletas de Los Tiesos I hubieran sido desgajadas de unos paneles originalmente al aire libre, e incluso no sería del todo descabellado postular que el túmulo se erigió sobre una superficie rocosa grabada previamente, tal como se ha constatado en el norte de Inglaterra (Bradley 1997: 143-145). Sin embargo, la supuesta estima cultural por ese preciso sitio no depende sólo de la verificación de dichos supuestos. Tilley (1994: 204-205) ha enfatizado el papel simbólico de los monumentos tumulares al fijar y perpetuar de forma física lugares de especial consideración ancestral, evitando la pérdida y olvido de su ubicación y significados. En este sentido, puede resultar ilustrativo el caso del malagueño Dolmen de Menga (Antequera, Málaga), en cuyo interior se descubrió en 2006 un pozo de unos 20 m de profundidad (García Sanjuán y Wheatley 2010: 23). Esta y otras peculiaridades del monumento han llevado a interpretarlo como una construcción simbólica (dudosamente funeraria), destinada a fijar la memoria social de un sitio dotado de relevancia cultural ya con anterioridad (García Sanjuán y Wheatley 2010: 24). Sería ridículo establecer una analogía entre el espectacular caso malagueño y el

humilde túmulo de Los Tiesos I por sus abismales diferencias de escala en términos de esfuerzo invertido y materialidad. Sin embargo, traemos a colación ese ejemplo para preguntarnos si no cabría plantearse el significado de algunos túmulos (con o sin indicios “fúnebres”) como construcciones destinadas a marcar y ensalzar un lugar importante. Al respecto, hemos de reconocer la dificultad para estimar el tiempo que medió entre el rebaje de la fosa, su colmatado y la erección del túmulo, pero no debemos descartar la posibilidad de que entre ambos discurriera cierto lapso temporal. Sin embargo, algunas observaciones recogidas de distintos contextos, nos permiten afirmar que no es en absoluto infrecuente hallar fosas bajo túmulo coetáneas a Los Tiesos (p.e. Sanches *et al.* 1992; Urbarri Angulo y Martínez González 1987). De hecho, en el entorno abulense más próximo encontramos los casos del enterramiento colectivo 1 del Cerro de la Cabeza (Ávila) (Fabián 2006: 307) o la propia fosa con campaniforme de Valdeprados (Ávila) (Gómez y Sanz 1994; Fabián 2006: 353-357). Pensamos que la apertura de una fosa (UE 11) en el duro sustrato esquistoso de Los Tiesos I probablemente estuvo relacionada con esas prácticas tan extendidas y hace referencia a las mismas. Una fosa en un sitio así no puede considerarse en términos estrictamente utilitarios: nada hace pensar en los provechos habituales (silo, hogar, almacén de productos, etc) debido a su carácter aislado, a su morfología extraña e irregular (con varias alturas y receptáculos internos, como en la fosa de Valdeprados) y a la dificultad que conllevaría semejante tarea (frente a la sistemática elección de terrenos arenosos o arcillosos blandos). Por eso, pensamos que su excavación en ese preciso emplazamiento sería un acto revestido de connotaciones simbólicas. Éstas pudieron consistir en replicar gestos y tareas rutinarias que sus actores habían desarrollado, de forma casi simultánea, en otros puntos del paisaje. Aunque desconocemos el cometido de la fosa de Los Tiesos I, el resultado final reproduce pautas de vertido ordenado o “estructurado” como en los campos de hoyos sincrónicos (Márquez y Jiménez 2010). Así, su relleno (UE 12) era rico en materia orgánica y fosfatos, y como en la fosa-túmulo de Valdeprados (Gómez y Sanz 1994), contenía una selección de fragmentos de varios recipientes campaniformes.

Este cariz simbólico es también extensible a la propia construcción de los túmulos, que requirió el acopio de materiales elegidos según unos prin-

cipios que, como es bien sabido para el fenómeno megalítico, no estuvieron gobernados precisamente por la eficiencia o el mínimo esfuerzo (p.e. Delibes y Santonja 1986: 138). Así, por poner un ejemplo cercano, al estudiar la petrografía de los ortostatos que componen la arquitectura del grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca) se ha concluido que mediante el empleo selectivo de materiales de procedencias concretas, la construcción de los monumentos reprodujo metafóricamente el orden natural de su entorno (López Plaza *et al.* 2008). En un sentido similar podría interpretarse la adopción de un tipo u otro de materia prima: esquisto en el túmulo de Los Tiesos I, granito en Los Tiesos II, pero para su estructura interna se emplearon lajas de esquisto. En los grandes túmulos del Bronce Antiguo danés se incorporó tierra de los pastos en derredor o capas de turba por hacer referencia explícita al paisaje circundante (Kristiansen y Larsson 2006: 273-274). Algo parecido podría explicar la inclusión de materiales rodados, disgregados e inexpresivos como los hallados en Los Tiesos I, junto con parte de su matriz arenosa: podríamos estar ante residuos (cerámicas, restos de talla, ¿restos óseos desaparecidos?) y sedimentos recopilados en muladares o campamentos desmantelados (como los focos cartografiados mediante la prospección del entorno de Los Tiesos I) para ser vertidos de manera premeditada en el túmulo. Asimismo, no puede excluirse el empleo de las lajas con cazoletas de Los Tiesos I para algún tipo de actividad instrumental, como triturar alimentos. También serían adecuadas para fines más esotéricos, como las mesas de libaciones de los túmulos nórdicos (Kristiansen y Larsson 2006: 271). Sin embargo, resulta atractivo plantear su inclusión en el túmulo por un mecanismo de asociación simbólica como el que venimos barajando: por su estrecha asociación al paisaje y al tipo de petroglifos o grabados del mismo tipo presentes al aire libre, que sin duda conocerían quienes colocaron las lajas de esquisto grabadas.

Si descendemos un nivel más en nuestro análisis contextual del posible significado de los túmulos del Campo Azálvaro, apreciaremos que la propia cultura material incorporada de forma deliberada a los mismos es muy significativa y se resiste a encajar en algunas ideas preconcebidas. Nos centraremos en el caso de la cerámica campaniforme, por ser fácilmente reconocible de unos contextos a otros, y por la importante carga de sig-

nificados que le ha atribuido la historiografía. En este sentido, dos ideas íntimamente entrelazadas parecen no corresponderse bien con los testimonios campaniformes hallados en algunos túmulos que venimos considerando: su tratamiento como “objetos de prestigio” y su comprensión como parte central de ajuares en parte perecederos, asociados a los rituales funerarios de las elites, tan visibles en otros contextos. En primer lugar, es curioso comprobar cómo los campaniformes Ciempozuelos de Los Tiesos I son producciones burdas y descuidadas, lejos de la calidad habitual entre los ejemplares tanto del ámbito geográfico inmediato (Fabián 1992, 1995, 2006) como a nivel de la Meseta peninsular (Garrido Pena 2000). En el caso del Puntillado Geométrico, una vez más los ejemplares de Los Tiesos I son producciones toscas, de escasa calidad y muy fragmentadas, como ocurre también en la Dehesa de Río Fortes (Fabián 2006: 346) y en El Morcuero (Blanco González y Fabián 2010: 191-195). Se puede por tanto pensar en una emulación de servicios de los que se tiene referencia visual (Carmona 2010) por parte de artesanos que no han atendido a los principios de simetría, proporción o precisión del trazo como en aquellos productos a los que imitan. Además hemos señalado que sus pastas, con grandes desgasantes y cocción irregular, no son tan perfectas y resistentes y su acabado exterior no es el típico bruñido aterciopelado, sino un engobe irregular y tan frágil que se pierde con facilidad. Simplemente, en Los Tiesos I esas normas compositivas y esas cualidades sensitivas de los recipientes no eran tan importantes. Estas observaciones encajan mal con la idea de unos lujosos objetos de prestigio, cuya manufactura, en ciertos casos no sería tan laboriosa como se ha pensado (Carmona 2010). Una vez más la vajilla campaniforme muestra que no constituyó *per se* ni un servicio elitista ni un mensaje mundano; su significado parece haber dependido de las connotaciones adquiridas en contextos de uso y deposición contingentes (Thomas 1999: 123; Rojo *et al.* 2008).

En segundo lugar, la inclusión de campaniforme dentro de los túmulos no debe vincularse exclusivamente al ritual funerario, como un elemento de ajuar, aunque a menudo haya desempeñado sin duda tal función (Fabián 1992; Garrido Pena 2000). Queremos sugerir que su comparencia no puede plantearse al margen de las deposiciones rutinarias en los hoyos, donde la

mezcla de variados materiales culturales, incluyendo fauna y restos humanos, también ocurrió. Así pues, es arriesgado conceder un papel central a unos elementos sobre el resto, y tal vez sería su misma combinación y disociación selectiva lo que les dotaría de sentido. Así, se ha señalado que la inclusión de cadáveres completos o desarticulados en fosas y zanjas de la Prehistoria Reciente pudo no ser más que un aspecto accesorio y prescindible, dentro de unas pautas de deposición ritualizada más complejas (Márquez 2004: 126; Márquez y Jiménez 2010: 233). Por consiguiente la ausencia de restos óseos en el relleno de la UE 12 puede explicarse por causas deposicionales (la no inclusión de restos humanos), y no sólo por presuntas afecciones post-abandono (mediana acidez del suelo). De hecho, también se ha constatado la ausencia de restos esqueléticos en monumentos del entorno con cerámicas campaniformes: en los túmulos de la Dehesa de Río Fortes (Estremera y Fabián 2002) y El Morcuero (Gemuño, Ávila) (Blanco González y Fabián 2010) e incluso, de corresponder todos los restos óseos cremados a un único episodio de la Edad del Bronce, en el propio dolmen del Prado de las Cruces (Fabián 1997). Cada vez está mejor documentada la inexistencia de indicios funerarios en túmulos con restos fragmentarios de campaniforme. En un reciente trabajo se ha tratado de explicar este hecho como el resultado de rituales de comensalidad que conllevaron el consumo ceremonial y la rotura y deposición ritualizada de tales recipientes (Garrido *et al.* 2011: 122).

En definitiva, nuestra investigación nos ha llevado a adoptar una perspectiva diferente a la planteada al inicio de las pesquisas. Se ha esbozado un marco interpretativo que dota al conjunto de mayor coherencia y sobre todo permite formular nuevas preguntas y fórmulas para su respuesta. El enfoque aquí presentado conlleva una metodología que tenga en cuenta tanto las presencias como muy especialmente las ausencias, pues frente a otros casos coetáneos conocidos, el Campo Azálaro se define mejor por lo que no es. En síntesis, hemos optado por tratar de comprender los restos estudiados a partir de regularidades en las asociaciones de significados que ligan unos contextos deposicionales con otros. Según este planteamiento, restos como los molinos de mano o los fragmentos de cerámica campaniforme conectan hoy (como hicieron en el pasado) la propia

experiencia del arqueólogo con esos otros contextos “claramente” domésticos o funerarios que se resisten a aparecer en la zona de estudio. En este sentido la cultura material en el Campo Azálvaro durante el IV y III milenios AC pudo ser manipulada con una gran capacidad evocativa, remitiendo a personas, posesiones y lugares ausentes (Chapman y Gaydarska 2006: 111). Así, la cista de Los Tiesos II reproduce la de los Tiesos I empleando el mismo material; la fosa de Los Tiesos I evoca la excavación de fosas en los campos de hoyos y en su relleno se reconocen pautas atisbadas en otros lugares lejanos, en los que también participó el campaniforme y una matriz cenicienta, como en El Picuezo (Guareña) (Fabián 2006: 234-239) y especialmente en la fosa-túmulo de Valdeprados (Fabián 2006: 353-369), sitio con el que guarda no pocas y llamativas similitudes. Como acabamos de ver, la propia cerámica campaniforme se empleó en el marco de complejos juegos de asociaciones y contrastes, con un rico trasfondo simbólico que va más allá del sentido “funerario” y en los que probablemente intervinieron ceremonias de consumo comunitario. Con estas ideas en mente comenzamos a atisbar en el registro arqueológico local la importancia de pautas simbólicas, como la práctica de la fragmentación deliberada (Chapman 2000; Chapman y Gaydarska 2006). Los Tiesos I comparte con los túmulos de la Dehesa de Río Fortes (Fabián 2006: 346), el Morcuero (Fabián 2006: 333; Blanco González y Fabián 2010: 191-193) y con muchas más dudas el Prado de las Cruces (Fabián 1997: 53) la rotura y deposición de un reducido número de recipientes por monumento, la asociación de estilos Ciempozuelos y Puntillado Geométrico y su disociación con restos humanos. Asimismo, no deja de ser llamativa la disociación entre campaniformes de buena calidad en Valdeprados (Fabián 2006: 357) y El Picuezo (Fabián 2006: 238) y los rudos fragmentos incluidos en los túmulos, que en nuestra opinión imitan recipientes similares depositados en otros eventos ceremoniales. Mediante su rotura intencionada y posterior distribución (¿por distintas fosas-túmulo?) parecen estar “encadenando” las relaciones entre unos lugares y otros.

Tras los resultados aquí expuestos parece posible afirmar que el tipo de rastro material dejado por los ocupantes o visitantes prehistóricos del Campo Azálvaro es cualitativamente distinto al de otros ámbitos cercanos, como el Valle Amblés (Fa-

bián 2006). Con independencia del grado de estabilidad y consistencia del hábitat en la región, lo que parece claro es que su legado material es más fragmentario e “incompleto” que el de otros ámbitos. El paisaje del Campo Azálvaro se nos muestra como un entorno complementario y distinto al de los fértiles valles de concurrida y prolongada presencia agraria durante el IV y III milenios AC. A través de diversos recursos materiales y complejos juegos de asociaciones, los pobladores de esta región habrían hecho referencia a esas otras realidades cotidianas aquí ausentes. En este escenario, el título del artículo hace referencia a una de las posibles formas de entender los a menudo desconcertantes resultados que depara la excavación de los túmulos. Si no erramos demasiado en nuestro diagnóstico, resultaría que esas extrañas construcciones, ni sólo rituales ni sólo domésticas, ni claramente funerarias ni tan llamativas y divisibles como para ser hitos territoriales, serían plataformas evocativas, que vincularon su construcción con otros contextos coetáneos a los que hacen permanente referencia. Así, el tipo de piedras que formaron los túmulos parecen remitir a los paisajes de su misma litología y textura, mientras que las lajas con cazoletas de Los Tiesos I posiblemente vincularían metafóricamente la cámara con lugares inscritos con marcas similares. Los despojos de actividades cotidianas y las tierras vertidas en ese mismo monumento podrían haberse añadido para recordar distintas vivencias en el mismo paisaje. A un nivel macro-espacial, este tipo de prácticas entabladas entre lugares remotos conectarían unos paisajes con otros distintos, y unos momentos de la vida social con otros sucesivos (Blanco González e.p.b).

Nuestro trabajo sólo puede finalizar reconociendo que son más las cuestiones pendientes que las que podemos dar por zanjadas, pero esperamos haber contribuido a plantear nuevas lecturas del registro arqueológico de la Prehistoria Reciente en la Meseta. La comprensión de esas sociedades agrarias se enriquecerá sin duda mediante el estudio de realidades complementarias como la aquí analizada, para las cuales no sirve un mismo modelo interpretativo rígido y apriorístico.

7. AGRADECIMIENTOS

Los trabajos de campo en que se basa este artículo no hubieran sido posibles sin la colabora-

ción desinteresada de un nutrido grupo de voluntarios. Nuestro sincero agradecimiento a Sara Cañizal, Raúl Carral, José Carlos García, Juan Antonio Gil, Alberto Gómez Fraile, Enrique Gutiérrez Cuenca, José Jiménez, José Antonio Lebaniegos, Alma López, Andrés Navas, Alberto del Nogal, Elena Otero, Miguel Ángel Pastor, Pilar del Peso, Daniel de Tapia, y M^a Paz Vaquero. El proyecto de investigación fue financiado por la Obra Social de Caja de Ávila. Eduardo Carmona leyó el borrador e hizo alguna sugerencia bibliográfica.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ALMEIDA D. F. DE y VEIGA FERREIRA, O. DA
1971 Um monumento pre-histórico na Granja de San Pedro (Indna a Biela)". *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia (Coimbra, 1970)*. Coimbra, 163-168.
- BANNING, E. B.
2002 *Archaeological Survey*. Kluwer Academic-Plenum Publishers. New York.
- BARRET, J.C.
1994 *Fragments from Antiquity. An Archaeology of Social Life in Britain, 2900-1200 BC*. Blackwell. Oxford.
- BARRIOS GARCÍA, A.
1995a Repoblación y colonización, en Barrios, A. (coord.): *Historia de Ávila*, vol. II, *Edad Media (siglos VIII-XIII)*, Ávila, 271-336.
1995b Colonización y Feudalización, en Barrios, A. (coord.): *Historia de Ávila*, vol. II, *Edad Media (siglos VIII-XIII)*, Ávila, 337-410.
- BLANCO GONZÁLEZ, A.
2004 Reflections on prehistoric ritual-funerary manifestations in the south of the Duero Basin (Avila, Spain). *Journal of Iberian Archaeology* 6, 49-60.
2008 Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial *Zephyrus* LXII (2): 101-123.
e.p.a Transforming materiality. The social making of the archaeological record throughout the later Prehistory in central Iberia. *Journal of Social Archaeology*.
e.p.b Evocative monuments in central Iberia (Spain) during the third millennium BC. A reassessment of depositional practices beyond funerary and domestic realms. *Oxford Journal of Archaeology*.
- BLANCO GONZÁLEZ, A. y FABIÁN GARCÍA, J.F.
2010 Un hito de la memoria: el túmulo de El Morcuero (Gemuño, Ávila). *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 61, 183-212.
- BOLLONG, C.A.
1994 Analysis of the stratigraphy and formation processes using patterns of pottery sherd dispersion. *Journal of Field Archaeology* 21, 15-28.
- BRADLEY, R.
1993 *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland. Edinburgh.
1997 *Rock Art and the Prehistory of Atlantic Europe. Signing the Land*. Routledge. London.
2002 *The Significance of Monuments. On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge. London.
- BURGESS, C.
1989-90 The Chronology of Cup-and-Ring Marks in Britain and Ireland. *Northern Archaeology* 10, 21-26.
- BRÜCK, J.
1999a Houses, Lifecycles and Deposition on Middle Bronze Age Settlements in Southern England. *Proceedings of the Prehistoric Society* 65, 145-66.
1999b What's in a settlement? Domestic practice and residential mobility in Early Bronze Age southern England. En J. Brück y M. Goodman (eds): *Making places in the prehistoric world: themes in settlement archaeology*. University College London. London, 52-75.
- BRÜCK, J. y GOODMAN, M.
1999 'Introduction: themes for a critical archaeology of settlement'. En J. Brück y M. Goodman (eds): *Making places in the prehistoric world: themes in settlement archaeology*. University College London. London, 1-19.
- BUENO RAMÍREZ, P.
1991 *Megalitos en la Meseta Sur: los dólmenes de Azután y la Estrella*. Excavaciones Arqueológicas en España nº 159. Madrid.
- BUENO RAMÍREZ, P. y BALBÍN BEHRMANN, R.
2000 Arte megalítico en la Extremadura española. *Extremadura Arqueológica VIII. El Megalitismo en Extremadura*: Mérida: 345-379.
- BUENO, P.; BALBÍN, R.; BARROSO, R.; ALCOLEA, J.J.; VILLA, R y MORALEDA, A.
1999 *El dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en el Guadyerbas*. Diputación Provincial de Toledo.
- BUENO RAMÍREZ, P.; BALBÍN BEHRMAN, R. y BARROSO BERMEJO, R.
2005 *El dolmen de Azután (Toledo). Áreas habitacionales y áreas funerarias en la cuenca interior del Tajo*. Universidad de Alcalá de Henares. Madrid.
- CABALLERO, J.; PORRES, F. y SALAZAR, A.
1993 El campo de fosas de El Cogote. (La Torre, Ávila). *Nu-mantia. Arqueología en Castilla y León* 4: 93-110.
- CARMONA BALLESTERO, E.
2010 *Prestigio y emulación en espacios marginales: la cerámica campaniforme de Paulejas (Quintanilla del Agua, Burgos)*, Universidad de Burgos, Burgos.

- CHAPMAN, J.
2000 *Fragmentation in Archaeology: People, Places and Broken Objects in the Prehistory of South-Eastern Europe*. Routledge. London.
- CHAPMAN, J. y GAYDARSKA, B.
2006 *Parts and Wholes. Fragmentation in Prehistoric Context*. Oxbow Books. Oxford.
- CRIADO BOADO, F.
1993 Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50, 39-56.
- CRIADO, F.; GIANOTTI, C. y VILLOCH, V.
2000 Los túmulos como asentamientos. En V. Jorge (coord.): *Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica. Actas 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*, Porto, 289-302.
- CRIADO, F.; MAÑANES, P. y VILLOCH, V.
2005 Espacios para vivos – espacios para muertos. Perspectivas comparadas entre la monumentalidad del Atlántico ibérico y el sudamericano. En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica (Santander, 2003)*. Universidad de Cantabria, Santander, 857-865.
- CRIBB, R.
1991 *Nomads in Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J.
2000 La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso. En V. Jorge (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol IV, *Pré-Historia Reciente da Península Ibérica*, Porto, 95-122.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GÓMEZ, M.
1986 *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- DÍAZ VÁSQUEZ, M.
1993 Aplicación de métodos físico-químicos en arqueología. *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie I, 6, 249-262.
- DÍAZ CASADO, Y.
1993 *El Arte Rupestre Esquemático en Cantabria. Una revisión Crítica*. Universidad de Cantabria. Santander.
- DÍAZ-DEL-RÍO, P.
2001 *La formación del paisaje agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9, Madrid.
- ESTREMERÁ PORTELA, M.^a S. y FABIÁN GARCÍA, J. F.
2002 El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del Horizonte Rechaba en la Meseta Norte. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LXVIII, 9-48.
- FABIÁN GARCÍA, J. F.
1992 El enterramiento campaniforme del Túmulo 1 de Aldeagordillo (Ávila). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVII, 97-132.
- 1995 *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte*. Estudios Históricos y Geográficos, 93. Universidad de Salamanca.
- 1997 *El dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Salnero. Ávila)*. Memorias. Arqueología en Castilla y León 5. Junta de Castilla y León. Zamora.
- 2006 *El IV y III milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías 5. Junta de Castilla y León. Salamanca.
- 2010 Altares rupestres, peñas sacras y rocas con cazoletas. Ocho nuevos casos abulenses y uno salmantino para la estadística, el debate y la reflexión. *Madrid Mitteilungen* 49, 222-267.
- GALLANT, T.W.
1986 Background noise and site definition: a contribution to survey methodology. *Journal of Field Archaeology* 13, 403-418.
- GARCÍA SANJUÁN, L. y WHEATLEY, D.W.
2010 Natural substances, landscape forms, symbols and funerary monuments: elements of cultural memory among the Neolithic and Copper Age societies of southern Spain. En K.T. Lillios y V. Tsamis (eds.): *Material Mnemonics. Everyday Memory in Prehistoric Europe*. Oxbow. Oxford, 10-39.
- GARRIDO PENA, R.
2000 *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica (c. 2500-2000 A.C.)*, British Archaeological Reports, Oxford.
- GARRIDO, R.; ROJO, M.A.; GARCÍA, I. y TEJEDOR, C.
2011 Drinking and Eating Together: The Social and Symbolic Context of Commensality Rituals in the Bell Beakers of the Interior of Iberia (2500-2000 cal BC). En G. Aranda, S. Montón y A. Sánchez (eds.): *Guess Who's Coming to Dinner. Feasting Rituals in the Prehistoric Societies of Europe and the Near East*. Oxbow Books. Oxford, 109-129.
- GILLINGS, M.
2000 The utility of the GIS approach in the collection, management, storage and analysis of surface survey data. En J. Bintliff, M. Kuna y N. Venclova (eds.): *The Future of Surface Artefact Survey*. Sheffield University Press. Sheffield, 105-120.
- GOLDHAHN, J.
2008 From Monuments in Landscape to Landscapes in Monuments: Monuments, Death and Landscape in Early Bronze Age Scandinavia. En A. Jones (ed.): *Prehistoric Europe. Theory and Practice*, Wiley-Blackwell, Oxford, 56-85.
- GÓMEZ GARCÍA, J. y SANZ RUIZ, P.
1994 Valdeprados (Aldea del Rey, Ávila). Un nuevo enterramiento en la submeseta Norte. *Cuadernos Abulenses* 21, 81-116.

- GONZÁLEZ-TABLAS SASTRE, F.J.
1979-80 Las pinturas rupestres de Peña Mingubela (Ávila). *Zephyrus* XXX-XXXI: 43-62.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I.
2008 *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Universidad de Valladolid, Salamanca.
- HODDER, I. y HUTSON, S.
2003 *Reading the Past. Current Approaches to interpretation in Archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge.
- HOLL, A.F.C.
1998 Livestock Husbandry, Pastoralisms, and Territoriality: The West African Record. *Journal of Anthropological Archaeology* 17, 143-165.
- JOHNSTON, R.
2001 'Breaking new ground': land tenure and fieldstone clearance during the Bronze Age. En J. Brück (ed.): *Bronze Age Landscapes. Tradition and Transformations*. Oxbow Books, Oxford, 99-109.
- JONES, A. y MACGREGOR (eds.)
2002 *Colouring the past. The significance of colour in archaeological research*. Berg, Oxford.
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B.
2006 *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*, Bellaterra, Barcelona.
- LAST, J.
1998 Books of Life: Biography and Memory in a Bronze Age Barrow. *Oxford Journal of Archaeology* 17 (1), 43-53.
- LÓPEZ PLAZA, E. S.
1999 Asociación de grabados de 'cazoletas' con el megalitismo salmantino. *Zephyrus* LII: 297-302.
- LÓPEZ PLAZA, S.; LÓPEZ PLAZA, M. y LÓPEZ MORO, F. J.
2008 Los factores litológicos como indicadores del paisaje en el megalitismo de la penillanura salmantina (centro-oeste de España). *Zephyrus* 61: 107-130.
- MALONE, C.
1989 *Avebury*. Bastford y English Heritage. London.
- MANUEL VALDÉS, V.
1995 Cistas de la Edad del Bronce: el análisis de fosfatos como evidencia de la inhumación. *Complutum* 6, 329-352.
2001 *Informe edafológico sobre las muestras del túmulo de Los Tiesos I (Mediana de Voltoya, Ávila)*. En J.F. Fabián García y A. Blanco González: *Memoria técnica de la excavación arqueológica en el túmulo de Los Tiesos I (Mediana de Voltoya, Ávila)*. Documento inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Ávila.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E.
2004 Muerte ubicua: sobre deposiciones de esqueletos humanos en zanjas y pozos en la prehistoria reciente de Andalucía. *Mainake* XXVI, 115-138.
- MÁRQUEZ ROMERO, J.E. y JIMÉNEZ JÁIMEZ, V.
2010 *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Junta de Andalucía, Málaga.
- PENEDO ROMERO, R y FÁBREGAS VALCARCE, R.
1995 Cistas decoradas y petroglifos: una revisión. *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*, Vol. 2, Vigo, 105-110.
- ROJO GUERRA, M. A.
2005 El color como instrumento simbólico en el megalitismo del Valle de Ambrona (Soria En P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (eds.): *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica (Santander, 2003)*. Universidad de Cantabria, Santander, 681-690.
- ROJO GUERRA, M. A.; GARRIDO PENA, R. y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I.
2008 Everyday Routines or Special Ritual Events? Bell Beakers in Domestic Contexts of Inner Iberia. En M. Baioni, V. Leonini, D. Lo Vetto, F. Martini, R. Poggiani Keller y L. Sarti (eds.): *Bell Beaker in Everyday Life*. Proceedings of the 10th Meeting "Archéologie et Gobelets" (May 12-15, 2006). Museo Fiorentino di Preistoria 'Paolo Graziosi'. Firenze, 321-326.
- ROJO, M. A.; GARRIDO, R.; MORÁN, G. y KUNST, M.
2004 El Campaniforme en el Valle de Ambrona (Soria, España): dinámicas de poblamiento y aproximación a su contexto social, en M. Besse y J. Desideri: *Graves and Funerary Rituals during the Late Neolithic and the Early Bronze Age in Europe (2700-2000 BC)*, BAR 1284, Oxford, 5-13.
- ROJO, M. A. y KUNST, M.
(eds.)2002 *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Universidad de Valladolid. Salamanca.
- SAMANIEGO BORDIU, B.; JIMENO MARTÍNEZ, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. y GÓMEZ BARRERA, J. A.
2001 *Cueva Maja (Cabrejas del Pinar, Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce*. Junta de Castilla y León. Valladolid
- SANCHES, M.^a de J., SILVA, M. M. y BOTELHO, I. J.
1992 A mamoa 2 de Pena do Mocho, um 'tumulus' provido de uma estrutura central em 'poço' (Sanhoane, Mogadouro). *Trabalhos de Antropologie e Etnologia* 32 (1-4), 201-234.
- SÁNCHEZ, A. y CAÑABATE, M. L.
1998 *Indicadores Químicos para la Arqueología*. Jaén: Universidad de Jaén.
- SCHIFFER, M. B.
1987 *Formation processes of the archaeological record*. University of New Mexico Press. Albuquerque.

THOMAS, J.

1999 *Understanding the Neolithic*. Routledge. London.

TILLEY, C.

1994 *A Phenomenology of Landscape. Places, paths and monuments*. Berg, Oxford-Providence.

TROITIÑO VINUESA, M. A.

1995 "El territorio medieval abulense y su potencial ecológico" en Barrios, A. (coord.): *Historia de Ávila*, vol. II, *Edad Media (siglos VIII-XIII)*, Ávila, 43-116.

URÍBARRI ANGULO, J. L. y MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J. M.

1987 Primeros asentamientos humanos en el término municipal de la ciudad de Burgos. *Caesaraugusta* 64, 135-156.

WADDINGTON, C.

1998 Cup and ring marks in context. *Cambridge Archaeological Journal* 8 (1), 29-54.